

860-1.11

REY

des

NO SE PRESTA

Sólo puede consultarse
dentro de la sala de lectura

DESDE EL SURCO

ARTURO REYES

Desde el surco

POESÍAS

CARTA-PRÓLOGO

DE

DON GASPAR NÚÑEZ DE ARCE

(DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA)



MADRID

LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ

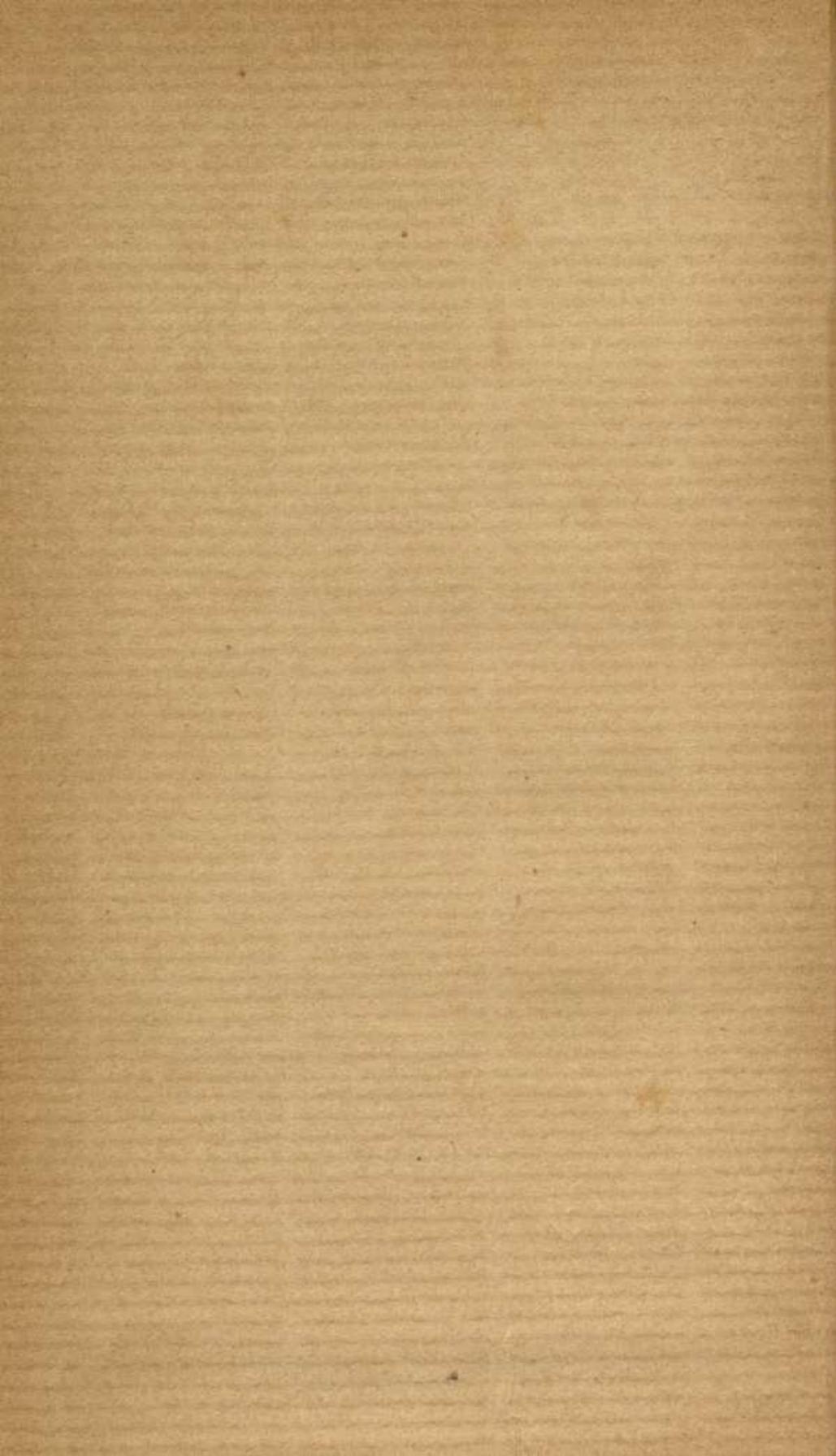
Carrera de San Jerónimo, 2

1896



R. 16.692

DONATIVO 5-3-1960



CARTA PRÓLOGO

Sr. D. Arturo Reyes

Mi distinguido amigo:

Hace tiempo, accediendo gustosísimo á las cariñosas instancias de V., contraje el compromiso de escribir un prólogo para el tomo de poesías que pensaba dar V. á la estampa.

Entonces no le trataba personalmente; sólo le conocía por las referencias de algunos amigos que le quieren bien y que me habían hablado con encomio de sus versos; luego pude cerciorarme por mí mismo, cuando tuvo V. la bondad de consultarme varias de sus composiciones, de que no eran exageradas las alabanzas de sus patrocinadores entusiastas.

No lo niego: escarmentado por repetidos desengaños, empecé la lectura

con desconfianza, pero pronto quedé agradablemente sorprendido al hallar en sus poesías, algunas de las cuales habian alcanzado el merecido honor de ser traducidas y publicadas en lengua italiana, alteza de pensamiento, esmero de forma y calor de corazón.

Bien á pesar mio, atenciones para mí ineludibles, repetidas desgracias de familia y otras causas que V. no desconoce, me han impedido cumplir hasta este momento la palabra que le habia empeñado, y aun ahora mismo no puedo hacerlo como quisiera, viéndome obligado á prescindir del examen detenido de su libro, que de buen grado haría si lo consintiese el estado de mi salud, quebrantada, y limitándome sólo á dar la bienvenida con toda la efusión de mi alma al joven poeta que tan gallarda y brillante muestra nos ofrece en esta ocasión de su ingenio.

Grandes triunfos le auguro á V. si sigue como ha empezado, no buscando su inspiración en el ansia ciega de la

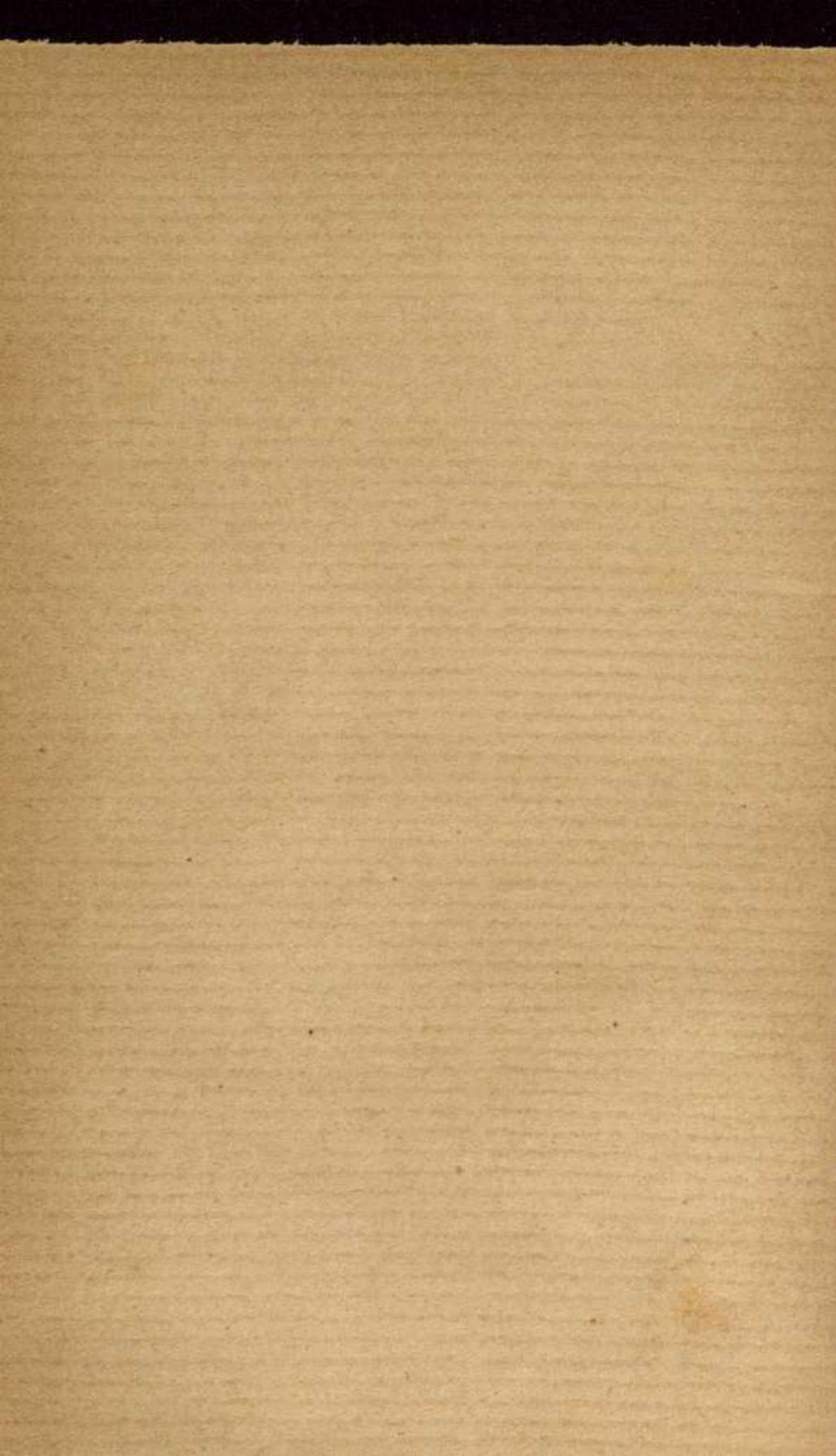
novedad, que á tantos extravía, ni en el febril deseo de excitar á toda costa la displicente curiosidad de un público hastiado ó corrompido, ni en el imperio efímero, pero impetuoso, de la moda, si no en las que han sido y serán siempre eternas fuentes de la verdadera poesía: en el amor de la naturaleza, en los íntimos y generosos movimientos del ánimo, en la expresión serena y diáfana de la belleza y en los altos ideales de la vida, cuya necesidad consoladora tanto se deja sentir en nuestra triste y atormentada sociedad contemporánea.

Dándole á V. de antemano la más cordial enhorabuena por el éxito que seguramente ha de alcanzar la colección de sus poesías, se reitera de usted leal y cariñoso amigo,

G. Núñez de Arce



POESÍAS



MIS VERSOS

Á NÚÑEZ DE ARCE

No hallaréis en mis tristes y hondas canciones
los ritmos con que suenan las alegrías
ni la luz que destellan las ilusiones;

No hallaréis las serenas melancolías
del alma resignada que, al par que llora,
templa en sus esperanzas sus melodías:

No hallaréis la apacible luz de la aurora,
ni el perlado murmurio con que la fuente
á las flores arrulla, limpia y sonora;

No hallaréis la plegaria que, reverente,
en sus horas de luchas y desaliento
ante el símbolo santo reza el creyente;

No hallaréis los fulgores de un pensamiento
que plácido ilumine, como la estrella
ilumina los ámbitos del firmamento;

No hallaréis en mis cantos más que la huella
que, al pasar por el alma nuestros dolores,
indeleble y profunda marcan en ella:

Catástrofes ocultas y punzadores
recuerdos de amarguras eslabonadas;
¡sobre estériles campos marchitas flores!

Rebeliones y quejas desesperadas,
anatemas ardientes, roncos gemidos
y ambiciones de amores nunca saciadas;

De mi fé los altares ya derruidos
al peso de la duda demoledora
y todos mis ensueños desvanecidos;

De un arpa con dos cuerdas la abrumadora
igualdad, la cansada monotonía
de un cuadro que dos tintas sólo atesora;

La estrofa del que en vano tenaz porfía
por ver en su horizonte la luz celeste
que un tiempo concibiera su fantasía...

Estas son mis canciones, mi canto es este;
no es mi musa la musa dulce y serena
de lánguidas pupilas y blanca veste:

Es la de torva frente de surcos llena,
con túnica de luto siempre vestida
y de ojos centellantes de amor y pena.

Tan sólo á su conjuro surge en mi vida
la inspiración doliente que en mí ha brotado
¡como al golpe la sangre brota en la herida!

Musa que sólo canta cuando arrastrado
mi espíritu errabundo va por la ola
del mar donde sus dichas han naufragado;

Cuando el sol mi horizonte no tornasola,
cuando el alma, entre eternas dudas sombrías,
se pierde en el desierto, trémula y sola;

Cuando ve que son penas sus alegrías,
ansias irrealizables sus ambiciones
y apagados murmullos sus armonías.

Estos vagos murmullos son mis canciones;
este libro, tan triste, guarda en su seno
como yerto sepulcro mis ilusiones:

Las corolas ya mustias que el valle ameno
de mi infancia aromaron, que la fortuna
implacable y contraria manchó con cieno;

Todas mis decepciones una por una,
todos los sentimientos que han agitado
mi combatido espíritu desde la cuna;

Son mis versos la historia de mi pasado
y os dedico esta historia franca y sentida
¡eco de tanto grito como he lanzado!

Dad, pues, ilustre vate, franca acogida
al que hundido en la sombra su voz levanta;
¡que el que canta en la cumbre le dé al que canta
en el fondo del surco, la bienvenida!



SILUETA

Detuvieron el paso los bridones;
el lacayo corrió á la portezuela,
adornada de heráldicos blasones,
y dentro de la rica carretela,
con plácido abandono reclinada
sobre muelle cogín de terciopelo,
ceñido el rostro por flotante velo,
contemplé la mujer por mí soñada.

Alta y radiosa la marmórea frente;
garzos los ojos, de mirada ardiente;
terso el semblante de perfil hebreo;
purpurina la boca en que el deseo
se embosca sonriente;
riza la cabellera,
por doradas agujas prisionera
bajo el sombrero de calado encaje,
sobre el que un ave tropical lucía,
en el vario plumaje,
los fúlgidos matices que el celaje
toma del sol al sucumbir el día;

redonda la garganta;
 el contorno gentil, breve la planta;
 arrogante y soberbia la escultura;
 el ademán resuelto,
 y aun más que el junco cimbrador y esbelto,
 esbelta y cimbradora la cintura.

Magnífica, orgullosa,
 cual de su carro la vestal hermosa,
 descendió de la rica carretela;
 cruzó noble y gallarda y sin rumores
 la artística cancela,
 y en pos dejando fúgitiva estela
 de aromas y fulgores,
 entre una nube de brillante raso,
 alejarse la ví como una sombra,
 hollando altiva y con acorde paso
 el pérsico dibujo de la alfombra
 tendida en la lujosa escalinata.

.

 ¡Cállate, corazón; calla, insensata
 ambición de placer que haces que loco
 siempre quiera alcanzar cuanto se aleja
 y alejarme veloz de cuanto toco!
 ¡calla, perenne queja!
 ¡calla, eterna ansiedad que me dominas!
 ¡voz que á gritarme sin cesar se atreve
 que el placer no es placer si no se bebe
 en copas diamantinas!

¿ ?

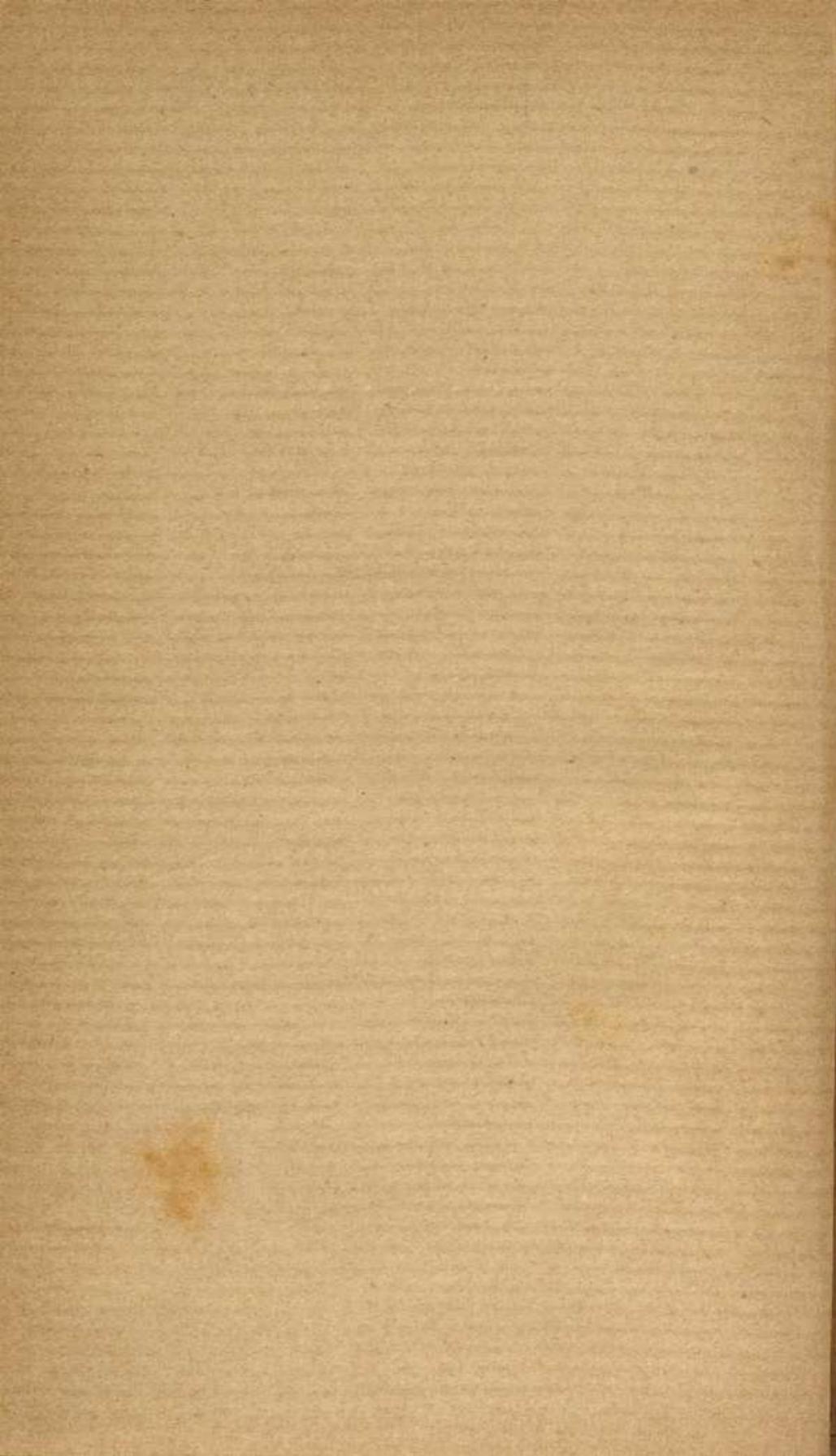
SONETO

Á GONZALO DE CASTRO

De dónde viene el mal? ¡Quién adivina
el negro abismo en que su esencia toma!
¡Incendiada por él contempla á Roma
el César loco que engendró Agripina!

De dónde emana el bien? ¿dónde germina
la pura flor que la existencia aroma?
¡El dulce Nazareno se desploma
muerto en los brazos de la cruz divina!

Si el instinto brutal logra la valla
romper de la conciencia, cuando estalla
la tempestad en el cerebro humano,
y un principio inmortal todo lo crea;
¿quién puso en manos de Nerón la tea?
¿quién, en la cruz, al Redentor cristiano?



EN EL DESIERTO

Á D. MIGUEL MORALES HIDALGO

Sobre el robusto lomo del dromedario,
cruzando el beduino va el solitario
vasto arenal,
y por romper la triste monotonía
de la senda, con vaga melancolía,
cantando va.

Cantando sus pesares va el beduino,
sin hallar un oasis que en el camino
sombra le dé,
bajo el sol implacable que le fatiga,
ni una mísera fuente donde consiga
calmar su sed.

Horizontes que brillan abrasadores,
arenales en donde nunca las flores
se ven brotar;
osamentas y pobres huellas humanas,
que á su paso dejaron las caravanas,
halla no más.

Como el nómada cruza por el desierto,
por las sendas del mundo con paso incierto
cruzo á mi vez,
y por romper su eterna monotonía,
con amarga y profunda melancolía,
canto también.

Canto, porque el desierto me causa pena,
porque nunca en su ardiente móvil arena
logro una flor;
ni surgir nunca miro por lontananza,
como verdes palmeras, ni una esperanza,
ni una ilusión.

.
.

Beduino que cruzas los arenales
soñando con las fuentes cuyos raudales
quieres libar,
y tu canto al desierto das en ofrenda,
¡cuán árida es tu senda! pero mi senda,
¡lo es mucho más!

SACRILEGIO DE AMOR

Á MANUEL ALTOLAGUIRRE

.....
y sentóse al piano
y una extraña y serena melodía
arrancó de las teclas con su mano,
más blanca que el marfil que recorría.

Yo, en tanto, reclinado muellemente
en blando confidente
bordado de oro y seda,
miraba aquella pálida hermosura
que ni aun la muerte contemplar me veda;
aquella magestad de su figura;
aquel blondo cabello
cayendo destrenzado
en riquísimos bucles sobre el cuello;
aquel rostro espectral y demacrado;
aquellos ojos de zafir, hundidos
por la fiebre tenaz y circuidos

por un tinte azulado;
 aquellos labios sin frescor ni aroma,
 con el mustio matiz que á ellos asoma
 cuando la anemia su traición delata;
 aquellas curvaturas virginales,
 que evocaban las formas ideales
 de los blancos querubes que retrata
 Angélico en sus lienzos inmortales;
 aquella sombra de mujer ceñida
 por una nube de brillante raso;
 aquella flor que sorprendió el ocaso
 en medio de la aurora de la vida.

Los hálitos templados de la tarde;
 la luz del sol, que en refulgente alarde
 entraba por la abierta celosía;
 la música, el aroma de las flores
 que en el cálido ambiente se esparcía;
 la eterna sed de amores
 que del deleite en pos siempre me lanza;
 el magnetismo de mujer tan bella,
 que ya más que mujer era una huella
 que empezaba á borrarse en lontananza...
 todo junto á la vez sentir me hizo
 no sé qué rara sensación ardiente
 llena de amante embriagador hechizo

.
 posé en mi mano la abrasada frente
 conmovido, y en tanto,
 yo no sé si infeliz ó si dichoso

sentí brotar copioso
y en mis mejillas resbalar el llanto.

Lloras?—me preguntó con voz suave;
y resignada y grave
sentóse junto á mí... puse mi boca
suspirante en la suya... ¡quién invoca
la razón, victorioso, cuando el vuelo
rinde vencida ante el amor inerte!
como el torrente el valladar, sus lazos
la conciencia rompió y... entre mis brazos,
loca y feliz la sorprendió la muerte.

.
.

Aun me parece un sueño
sacrílego y risueño,
un vértigo de amor y una agonía,
conjunción del placer y del martirio;
mas, verdad ó delirio,
¡lo cierto es que al morir me sonreía!

Á ZORRILLA

A ZORRILLA

Bardo, tú que llenaste la patria mía
con los blandos raudales de tu poesía,
dime ¿qué ha sido
del laud de inefable ritmo sonoro,
de tu lira celeste, de tu arpa de oro
que ha enmudecido?

Alondra de los valles ¿por qué no suena
tu acento, que la dulce guzla agarena
remedó un día?

.
¡Ay! la muerte implacable ya ahogó tus sonos,
trovador que vestiste las tradiciones
de pedrería.

Cuando llega el invierno pálido y yerto
y despoja los árboles que ornán el huerto
de hojas y flores,
sobre las mustias ramas, con voz sentida,
modulando sus trovas pierden la vida
los ruiseñores.

Tú, al llegar á tu invierno, viste aterido
entre sus densas nubes desvanecido
todo el encanto
que un tiempo acariciara tu pensamiento,
y nostálgico y triste lanzaste al viento
tu último canto.

Mago de las leyendas y las ruinas,
de tu musa al mandato, ya no iluminas
los torreones
del señorial castillo que, por exceso,
sucumbió, de grandezas, hundido al peso
de sus blasones.

De tu lira á los ecos armoniosos,
yo cruzar miré un tiempo vertiginosos,
por los vergeles,
los árabes centauros, de ricas galas
cubiertos y ondeando cual níveas alas,
sus alquiceles.

Yo ví la castellana bella y altiva
escuchar, reclinada sobre la ojiva
y á los fulgores
de la triste y serena luna argentada,
del trovador amante la apasionada
canción de amores.

Yo penetré contigo, de la mezquita,
en las naves de mármol, donde medita
mudo el creyente;

y en el gótico templo donde de hinojos
en su Dios el cristiano puestos los ojos
dobla la frente.

Yo sentí en tus arpegios reproducido
todo cuanto en el mundo tiene sonido,
claro y suave,
desde el himno que acorda la catarata
hasta la melodiosa música grata
que entona el ave.

Fué toda tu existencia plácida estrofa
donde nunca pusieron la ira ó la mofa
sus vibraciones,
cual si nunca en tu ruta sentido hubieras
del dolor implacable ni aun las primeras
revelaciones.

De la fé y la esperanza la más fulgente
llama alumbró besando tu noble frente,
tu pensamiento,
y ella mostró á tus ojos la oculta clave
del idioma que entienden la flor y el ave,
la onda y el viento.

¡Ay! en cambio nosotros en nuestro canto
hablamos el idioma que hablan el llanto,
la volteriana
risa, la incertidumbre, la rabia sorda,
y cruzamos la tierra, trocada en horda
la caravana,

Ya el altar sacrosanto rueda en ruina,
ya á la duda la mente, doquier camina,
sigue sujeta;
y á la vez que en su solio Dios se desploma
sobre Salem, pagana resurge Roma,

.

¡Duerme poeta!

A UNA CRIOLLA

Ni el sol radiante del Trópico,
ni sus céfiros de llamas,
lograron de tu semblante
borrar las tintas de nácar,
ni del luciente cabello
las gradaciones doradas,
ni empalidecer el brillo
del oro de tus pestañas.

Pero sí el sol sus fulgores
copió en tus pupilas lánguidas,
en tu flexible cintura
dejó su esbeltez la palma,
las mirras de aquellos bosques
en tu aliento sus fragancias,
y en tu sangre sus molicias
las dulces siestas cubanas.

Sirena de las Antillas,
¿qué ola te trajo á estas playas?
flor de los valles de América,
¿quién te arrancó de tu rama?

diosa de la zona ardiente,
¿quién hizo que abandonarás
sus fuentes y sus palmeras,
sus campos y sus montañas?

Por qué hasta mis patrios lares
te trajo la suerte aciaga?;
porqué hacia aquí tendió el vuelo
la tórtola americana?;
sin su joya más espléndida,
por qué has dejado á tu patria?;
por qué desde que te ví
loca y triste tengo el alma?

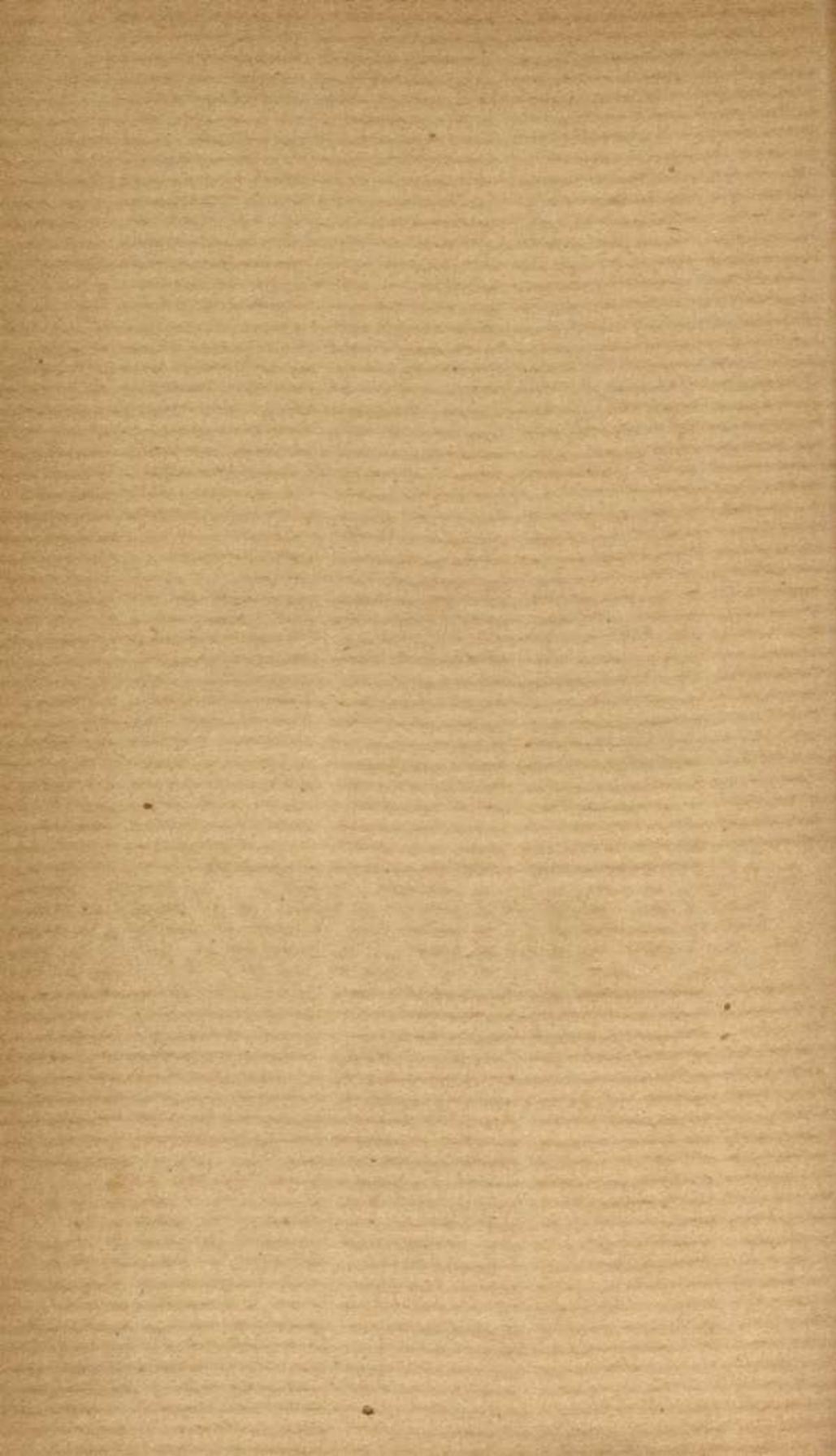
Desde que te ví, tú has sido,
en mi senda solitaria,
frontera que no se rompe,
mármol que no se quebranta,
limpio mar que no se sonda,
cielo azul que no se escala,
y altar que no se derrumba,
y dintel que no se pasa.

Y, sin embargo, te adoro,
y es sin ti mi vida ingrata,
paisaje sin perspectiva,
ambición sin esperanzas,
desierto sin aduarez,
negro mar sin ensenadas,
noche sin luna ni estrellas,
día sin sol y ave sin alas.

.....

Marinero conturbado
que entre las olas naufragas,
contemplando en tu agonía
la ribera que no alcanzas;
Tántalo, tú que de sed
cabe el arroyo te abrasas...
¡Dejadme que con las vuestras
confunda un punto mis lágrimas!

SUEÑO TRISTE



SUEÑO TRISTE

Penetré en el Cementerio
cuando ya nuestro hemisferio
la obscuridad envolvía,
y por llegar á tu fosa,
me aventuré en la medrosa
ya desierta galería.

En los nocturnos crespones
hundían los panteones
sus arcángeles tallados
y sus cruces solitarias,
esas eternas plegarias
de mármoles cincelados.

En los pliegues misteriosos
de las sombras, vaporosos,
se esfumaban los objetos;
y en las estátuas yacentes
sentábanse irreverentes
en filas los esqueletos.

Y allí esperaban la hora
en que al vibrar la sonora

lenta voz de la campana
que la media noche anuncia,
á sus quietudes renuncia
la fúnebre caravana;

Y en siniestras procesiones,
distintas generaciones
envueltas en níveo manto,
discurren vertiginosas
por las tumbas silenciosas
y abiertas del Camposanto.

Siempre loco vagabundo,
en discordia con el mundo,
que nunca me otorga abrigo;
con el alma acongojada,
y con la mente enlutada,
llegué á departir contigo.

Y entre llantos y entre duelos,
tan profundos desconsuelos
te confesó la voz mía,
que te sentí suspirante
alzar en aquel instante,
la losa que te cubría.

Te ví surgir de tu osario
aun envuelta en el sudario
que, de horrible angustia lleno,
puesto te había yo mismo
en el dintel del abismo
que te guardaba en su seno.

Y con mágico murmullo,
mezcla de canto y de arrullo,
de oración y de gemido,
me dijiste — Si te oprime
tanto el dolor, por qué? dime;
ya no te das por vencido?

¿Qué te aguarda en la existencia,
más que la mortal esencia
que arroja la aciaga suerte
en tu alma dolorida?
¡si es incurable tu herida!
¡si herido estás ya de muerte!

Nadie endulzará tu pena:
la flor no brota en la arena,
ni la luz en el ocaso;
detente ya en tu camino;
fatigado peregrino
de la vida, ten el paso.

Deja ya la lid sangrienta,
y que ruja la tormenta
de tí mañana distante;
párate ya en tu sendero,
y ven á mí, que te espero,
conturbado caminante.

Vén, y en mis brazos dormido,
verás cuán pronto el olvido
te conduce á su ribera;

ven, paladín derrotado,
á reposar á mi lado
bajo mi blanca bandera.

.
.
.

Tiñó la luz el Oriente,
y á tus besos, de repente
desperté en llanto deshecho,
y al verte ¡con qué alegría!
¡con cuanto afán, vida mía;
te estreché contra mi pecho!

CAPRICHIO

SONETO

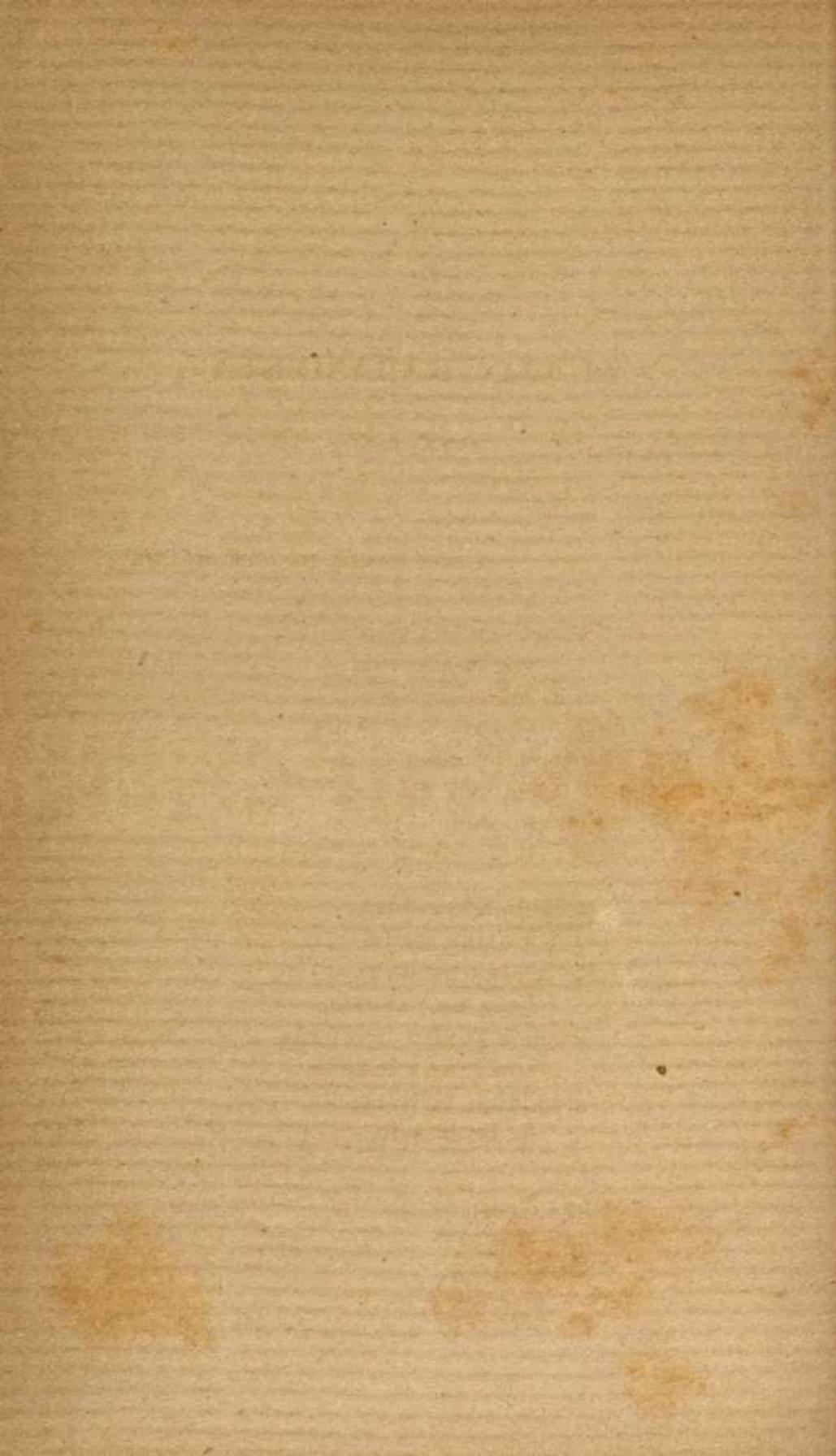
Parzival es tu esencia favorita,
de ella tu cuerpo de alabastro toma
el delicado y penetrante aroma
que mi alma enciende y la razón me quita.

Cuando convulso el corazón palpita,
y entre tus brazos sus pesares doma,
y del deleite á tu semblante asoma
la lividez que á delirar me incita;

Cuando á mis besos dilatarse miro,
tus pupilas, de amor, si al par aspiro
tu aroma, son tan grandes mis placeres,
que ha de ser, al morir, mi último anhelo
que me cubras la faz con tu pañuelo
empapado en la esencia que prefieres.



EL CONTRABANDISTA



EL CONTRABANDISTA

(DE ANTAÑO)

Á DON RAMÓN DE CAMPOAMOR

Gineté en su pujante
yegua alazana,
á la luz misteriosa
que anuncia el día,
entonando una dulce
canción gitana,
va cruzando valiente
la serranía.

Ceñido á la cabeza,
y atrás atado,
de arabescos dibujos,
lleva un pañuelo,
y hacia la sien izquierda,
con gracia echado,
el calañés brillante
de terciopelo.

Todo lo que en sí ostenta
vale un tesoro;
marsellés adornado
con alamares;
jubetín con lucientes
broches de oro,
que abrillantan las tintas
crepusculares.

Tersa faja de raso
color de grana;
camisón con chorreras
de fino encaje;
azulado y ceñido
calzón de pana,
y polainas con flecos
de correaje.

Del arzón suspendida
corta escopeta,
que un juguete parece
de roble y plata;
con la cual, temerario,
tranquilo reta
el peligro y defiende
su vida ingrata.

Es su yegua arrogante
la más briososa
que recorre los campos
de Andalucía;

y es la manta que luce
tan primorosa,
que su urdimbre parece
de sedería.

Avanza con gallardo
trote ligero,
trote que ningún otro
corcel iguala:
y al caminar se antoja
que del mosquero,
los borlones, claveles
son de bengala.

De brocado parece
la baticola;
y la cincha de raso
de cien colores,
y con lazos prendida
lleva la cola,
y adornada las crines
lleva con flores.

Y camina la yegua,
y el mozo sigue
cantando con amante
monotonía,
sin pensar si la gente
que lo persigue,
regará con su sangre
la serranía.

Y allá va presuroso
de amor henchido,
por llegar al poblado
con la mañana,
allí donde le esperan
su hogar querido,
y en su hogar las caricias
de su serrana.

Y arrostrando la muerte
va solitario,
sin temor, pues no sabe
qué son temores;
pues su vida defiende
su relicario,
donde lleva la Virgen
de los Dolores.

VERSOS

Á EDUARDO LEON

Yo bien sé que es en vano que siga
la senda que sigo;
yo bien sé que es en vano que intente
quebrantar el círculo
de inrompibles fronteras, en donde,
tenaz é implacable, me encierra el destino,

Yo no ignôro que en vano me esfuerzo;
que siempre vencido
he de ser en la lid, mas ¡qué importa,
si es este mi sino,
si es mi sino lidiar, aunque encuentre
tan solo, en la liza, cual premio, el martirio!

Yo no puedo vencer los tiranos
que llevo conmigo,
ni apagar este fuego radiante
que siempre diviso
destellando en mi sér, como el faro
brillar en el puerto contempla el marino.

Así, pues, no te extrañe que agote
mis últimos bríos
en la lucha mortal que sostengo,
del mundo en que vivo
en el rudo palenque, alfombrado
con muertos encantos y goces perdidos.

Tú me llamas iluso y demente
al ver que me obstino
en seguir por la senda más árida,
y al ver que persigo
un fantasma que nunca en mis brazos
veré, ni un instante siquiera, cautivo.

Fatalista oriental en el fondo
del alma, imagino
que el poema de luz ó de sombra
del hombre, está escrito
por el cielo y en vano es que intente
romper las cadenas que lleva consigo.

Así, pues, no te extrañe que siga
por este camino,
mientras arda la sangre en mis venas,
y tienda el delirio
en mi mente sus alas de oro;
en tanto no caigan deshechos los ídolos.

¿DÓNDE ESTÁS?

¿En dónde, en dónde estás, que no te veo,
que en vano por doquier te busco ansioso
á impulsos del amor y del deseo?

¿Dónde está el luminoso
destello que al brotar en tu pupila
abrasaba la sangre de mis venas?
¿dónde la tersa faz en que se asila
la belleza inmortal que en las serenas
jónicas zonas retratara Apeles?
¿en dónde está la hermosa
escultura que envidia hasta la diosa
que tallara en el mármol Praxiteles?

¿En dónde está la mano
que, cuando al peso del dolor tirano
mi sér desfallecía,
posábase en mi frente
despidiendo las sombras de mi mente
como en los cielos á la noche el día?

¿dónde suena la voz que, lenta y grave,
 con su arrullo suave
 adormecía mi congoja fiera?
 ¿dónde de tus ternuras el tesoro?
 ¿dónde aquella profusa cabellera
 que retiene en sus bucles prisionera
 del sol la luz de oro?
 ¿dónde aquel seno que á gozar provoca
 y á dar á cambio de placer la vida?
 ¿en dónde aquella boca
 que al quedarse en mi boca adormecida
 hacía vislumbrar al pensamiento
 la gloria prometida?
 ¿qué venturosos lares
 hoy perfuma aromoso aquel aliento
 más puro que la mirra que se quema
 al pié de los altares?
 ¿dónde aquel talle, emblema
 del mimbre y de la palma?
 ¿en dónde, en dónde estás, mi bien querido?
 llorando y con acento dolorido
 gritó, después de tu partida, el alma.

.

Revuelta multitud indiferente
 cruzaba por mi lado
 aturdida y riente;
 yo entre tanto, mi bien, como empujado
 por mudo torbellino,
 en medio de la alegre muchedumbre

mi sorda pesadumbre
intentaba dejar en el camino
riendo alto y blasfemando quedo,
sin ver, mirando, las humanas olas
que me cercaban en viviente ruedo,
y sin huir de su turbión por miedo,
por miedo horrible de quedarme á solas.

Pero en medio de aquellas oleadas
de gentes, hallé un hombre; cual centellas
se cruzaron, mujer, nuestras miradas,
y en su semblante al contemplar grabadas
como en el mio del pesar las huellas;
al pensar que cual yo también tu dueño
la honda nostalgia de tu amor sufría
cual yo lejos de tí, casi risueño,
casi con alegría,
dije evocando la belleza tuya:
¡Dios quiera que jamás vuelva á ser suya,
aunque en cambio jamás llegue á ser mía!

LA TEMPESTAD

Á SALVADOR RUEDA

El rayo en las alturas centellea
con lívido fulgor, el viento gira
trocado en huracán, la luz expira
en el nublado que en el cielo ondea.

La nevada tenaz cubre y blanquea
el panorama que tristeza inspira;
el pastor presuroso se retira
con el ganado á la cercana aldea.

De la fuente la linfa enturbia el cieno;
desde su carro de cristal, el trueno
lanza á los aires su potente grito;

¡Y al sentir la centella en sus entrañas,
parece que se quejan las montañas
con sus roncadas gargantas de granito!

EN MI TIERRA

EN MI TIERRA

Á PEPE JURADO DE PARRA

Era Ramón de varonil talante;
era todo arrogante
en su gallarda y juvenil persona,
la expresión y el conjunto y la apostura:
recordaba su cuerpo la figura
del jayán más ilustre de Crotona.

En su rostro tranquilo,
tostado por los soles andaluces,
la expresión más risueña encontró asilo;
brillaban los deleites en las luces
de sus ojos dormidos de gitano;
sobre las tersas sienes sombreadas
las brillantes guedejas enrespadas
en gruesos bucles, que intentaba en vano
con el peine domar, embellecían
las líneas de su faz, que parecían
timbres gloriosos del cincel pagano.



Llevaba con airoso contoneo
ancho sombrero cordobés obscuro
digno del gran *Califa* del toreo;
chaqueta corta, pantalón de pana;
en la esbelta cintura
vistosa faja de color de grana;
fina camisa de sin par blancura
y bordada pechera,
—tal vez memoria de amoroso anhelo—
y en lugar de corbata un gran pañuelo,
que, para oprobio de sus gustos, era
más azul que es el cielo
andaluz al nacer la Primavera.

Era Ramón, según dice la gente,
de trato afable y llano,
y el más enamorado y más valiente
que el templo del *Perchel* hizo cristiano;
y á más de dote tanta,
fué tan rica su voz y tan sonora
para los ritmos con que el pueblo canta
al son de la guitarra cuando llora,
que tener parecía en la garganta
todos los ecos de la guzla mora.

Pródiga con el mozo la fortuna
y generosa fué desde su infancia,
desde que amante lo besó en la cuna;
jamás un desencanto halló en su senda,
y cual preciada ofrenda
del amor, le brindaron la fragancia

las más bellas mujeres;
pues tenía Ramón el don maldito
de vestir á las penas de placeres,
con míseros harapos los deberes
y con túnicas regias el delito.

Adoraba Ramón, y era adorado
por Trini, la más linda sevillana
que en el Guadalquivir se ha retratado...
¡un alarde de estética lanzado
como un reto á la Virgen por *Triana*.

¡Quién no envidiaba á la gentil pareja
al ver á Trini tan feliz y hermosa
casi engarzada en la moruna reja
como en las ramas del rosal la rosa;
clavada en el amante la pupila
donde el dios del amor abatió el vuelo;
sobre los curvos hombros un pañuelo
de seda de Manila;
cubierta de jazmines la abundante
undosa cabellera;
el hálito fragante;
el talle ondulado, cual la palmera;
y tan bello el conjunto, que de envidias
hecho morir hubiera
los modelos de Fidias;
y frente á ella, con intensa y loca
calentura de amor en la mirada,
y el beso palpitándole en la boca,
á Ramón con la frente reclinada

sobre los hierros, que vistió de encaje
la yedra trepadora; vasallaje
los dos rindiendo al anhelar humano
que siente, al par que sin cesar resbala
hacia la muerte, la viviente escala,
desde el agregio sér hasta el gusano!

Según la tradición, una de aquellas
noches en que felices los amantes
se contaban ansiosos sus querellas,
del mundo más distantes
que están, según los sabios, las estrellas;
sediento de venganza, porque había
desdeñádole Trini, indiferente
siempre á la llama que en su pecho ardía,
á la ventana se acercó un valiente
á juzgar por su cara, descendiente
del oso que dió un día
de llanto y luto á la cristiana gente
en los montes de Asturias; y altanero
dijo á Ramón con pendenciero brio:
—Este sitio no es tuyo, porque es mio,
y si es tuyo te vas, porque yo quiero.

—Otra noche lo haré con mil amores;
mas tanto no te acerques á la roja,
porque suelen tener pinchos las flores,—
le repuso Ramón—vete ya y deja
á la gente vivir, te lo aconseja
un hombre que es capaz de dar mañana
los ojos suyos por dejarte ciego;

y si aquí no te mato es porque luego...
quién quita el mal olor á la ventana!

El otro le miró de arriba abajo
con la expresión con que el desdén nos hiere,
y esgrimiendo un cuchillo que de un tajo
hubiera en dos partido, sin trabajo,
hasta el torso inmortal de Belvedere,
agredió á su contrario, que ligero,
burlando la terrible puñalada,
asestóle tal golpe y tan cartero
con la mano crispada,
que un testigo andaluz de aquella escena
afirma que aun resuena
en todo el barrio aquel la bofetada.

II.

¡Oh, mi suelo natal, bendita tierra
cuya entraña fecunda
tantos veneros de hermosura encierra!
Toda la savia que tu seno inunda
se desborda en colores
con tanta esplendidez que nos fatiga,
y en féculas doradas en la espiga,
en esencia purísima en las flores,
en frutos en las verdes heredades,
en fuego generoso en la simiente,
en luz en nuestra mente
y en nuestro corazón en tempestades.

Una mañana hermosa
de un invierno, parodia del estío,
por lo pura, templada y luminosa,
en que sin fuerzas dormitaba el frío,
Trini, su madre y el gallardo mozo,
cuyas tersas facciones
iluminaban el amor y el gozo,
los tres llenos de dicha y de ilusiones,
casi beodos sin gustar el vino,

fueron de gira á un monte
que atalaya parece de un camino,
y desde cuya cumbre el horizonte
se ve perderse en sosegado vuelo
del mar en la radiante lejanía,
donde oficiando con su luz el día
une en la inmensidad el mar y el cielo.

La fiebre del amor allí emboscada
en la brisa de aromas impregnada,
en las corolas de las frescas flores,
en los diáfanos tules del ambiente,
en los vivos fulgores
del espléndido sol y en la doliente
oriental-española melodía
conque el apuesto mozo su alma ansiosa
de besos y de arrullos traducía,
al son de la guitarra que tañía
llena de gracia y magestad la hermosa;
allí emboscada á la gentil pareja
besaba sin cesar, logrando en breve
que huyera rauda como viento leve
el ángel que á la virgen aconseja;
y en tanto que la anciana las traiciones
del amor vigilaba sin sosiego,
y avivaba el fogón, á cuyo fuego
dorábase el pescado en espetones,
con la mirada ansiosa
de imantación irresistible llena,
convirtiendo la faz de su morena
iba Ramón en purpurina rosa.

Cuando ya eran arrullos encendidos
los lánguidos acentos,
y sus ojos radiantes firmamentos
de mil promesas de placer henchidos,
un nuevo actor se presentó en escena,
torva la vista, vacilante el paso,
alta la frente, de arrogancias llena,
ahito de vino, de razón escaso,
con sonrisa de idiota,
en una mano renegrada bota
y en la otra limpio y cristalino vaso.

Trini y su madre al verle, desoladas
le miraron tan terca y fieramente,
que si filos tuviesen las miradas,
muerto hubiera el intruso de repente
partido el corazón á puñaladas.

Al mirarle avanzar, Ramón, sereno,
dijo irónicamente á su enemigo:
—No esperaba yo aquí verme contigo
si no más solo y en mejor terreno.

—¡Para qué tanta soledad!—repuso
con voz ronca el intruso,—
mas espérate un poco si es que quieres
y también si no quieres, pues primero,
que hacer contigo lo que hacer espero,
es darle de beber á estas mujeres.

—Yo no bebo ya más—Trini contesta,
y en su voz incisiva manifiesta
todo el odio que vibra en su persona.

—¿Por qué no bebes?—el intruso grita.
 --¡Porque beber me irrita! —
 Trini le dice con la voz temblona.

Y le responde aquél—Mujer, repara
 que me duelen ya mucho tus agravios,
 y que vas, si no quieres con los labios,
 á beber con los ojos de tu cara.

En vano intentaría
 pintar el cuadro aquel, en mi paleta
 en vano los colores buscaría:
 se alza Ramón cual poderoso atleta,
 grita la pobre anciana,
 blande el intruso reluciente acero
 y el equilibrio por guardar se afana;
 saca el suyo Ramón, y mudo y fiero
 se avalanza veloz á su contrario,
 en cuya faz la indecisión asoma,
 y de pronto resbala y se desploma
 sin defensa á los pies de su adversario,
 que alza cobarde con traidor intento
 el terrible cuchillo..... De repente
 se encuentra frente á frente
 de Trini, que convulsa y sin aliento,
 mas rugiendo de rabia como ruje
 de cólera y dolor el tigre herido,
 hunde el acero que arrancó al caído
 en el traidor, que á su mortal empuje
 rueda á sus pies como titán vencido.

.

Avanzaba el crepúsculo sūave,
entre las breñas escondida el ave
lanzaba al aire su cantar sonoro;
de púrpura y de oro
matizaba el confin la luz postrera
del sol al declinar en Occidente,
y en la abrupta ladera,
á sus tibios destellos se veía,
muerto al provocativo enamorado,
con la guitarra al lado,
en cuyo mástil ondular hacía
la brisa con harmónicos rumores,
las cintas de colores
conque su dueña la adornó aquel día.

INVIERNO

Á MANUEL REINA

Se pierden en la sombras las lejanías,
en los anchos espacios flota la niebla,
al través de las nubes amontonadas
del sol la luz radiante fulgura apenas;
con sus copos sutiles viste de blanco
la insistente nevada las arboledas,
y ocultando en las nubes sus altas cimas
á lo lejos se yergue la cordillera.

El torrente destrenza sus turbias ondas,
en los surcos la alondra sus alas pliega,
sin flores y sin tintas están los prados,
sin nidos y sin hojas están las selvas;
ni el rumor más distante turba el reposo
de la helada campiña, mustia y desierta,
y sus luces veladas lloran los cielos,
y su muertos verdores llora la tierra.

Parece que en mí alma la perspectiva
ha copiado sus tonos y sus tristezas,
pues también en su seno mis ilusiones
están, como sus campos, mudas y yertas;

ya no bullen rientes sus alegrías,
ni el amor ya modula su canción pérfida,
ni la fé ya arrebola sus horizontes,
y entre nubes y nieves llora sus penas.

Pero pronto el Invierno ya derrotado
volará fugitivo con sus tinieblas,
recobrarán los cielos su azul purísimo,
las ocultas semillas sus floescencias;
se llenarán los bosques de arrullos tiernos,
los lejanos confines, de luz intensa,
los árboles de flores y hojas y nidos,
y los nidos, de amores y de cadencias.

Pero no así en mi pecho, que ya ni un átomo
de amores ni esperanzas ni paz encierra;
para mí ya el invierno será perenne,
para mí ya las sombras serán eternas;
para mí ya es el mundo páramo triste
donde en vano mi alma busca sedienta
de la fé ya perdida los manantiales
y del goce ya extinto la rica vena.

¡Salve, pálido Invierno, montes nevados,
árboles sin ropajes, cumbres escuetas,
bosques llenos de amargas melancolías,
bruma que en el espacio te enseñoas,
paisajes sin colores y sin perfumes,
cielos sin resplandores, luz sin fulgencias!
¡Salve, aterido Invierno, que eres al lado,
del Invierno del alma, la Primavera!

DUDAS

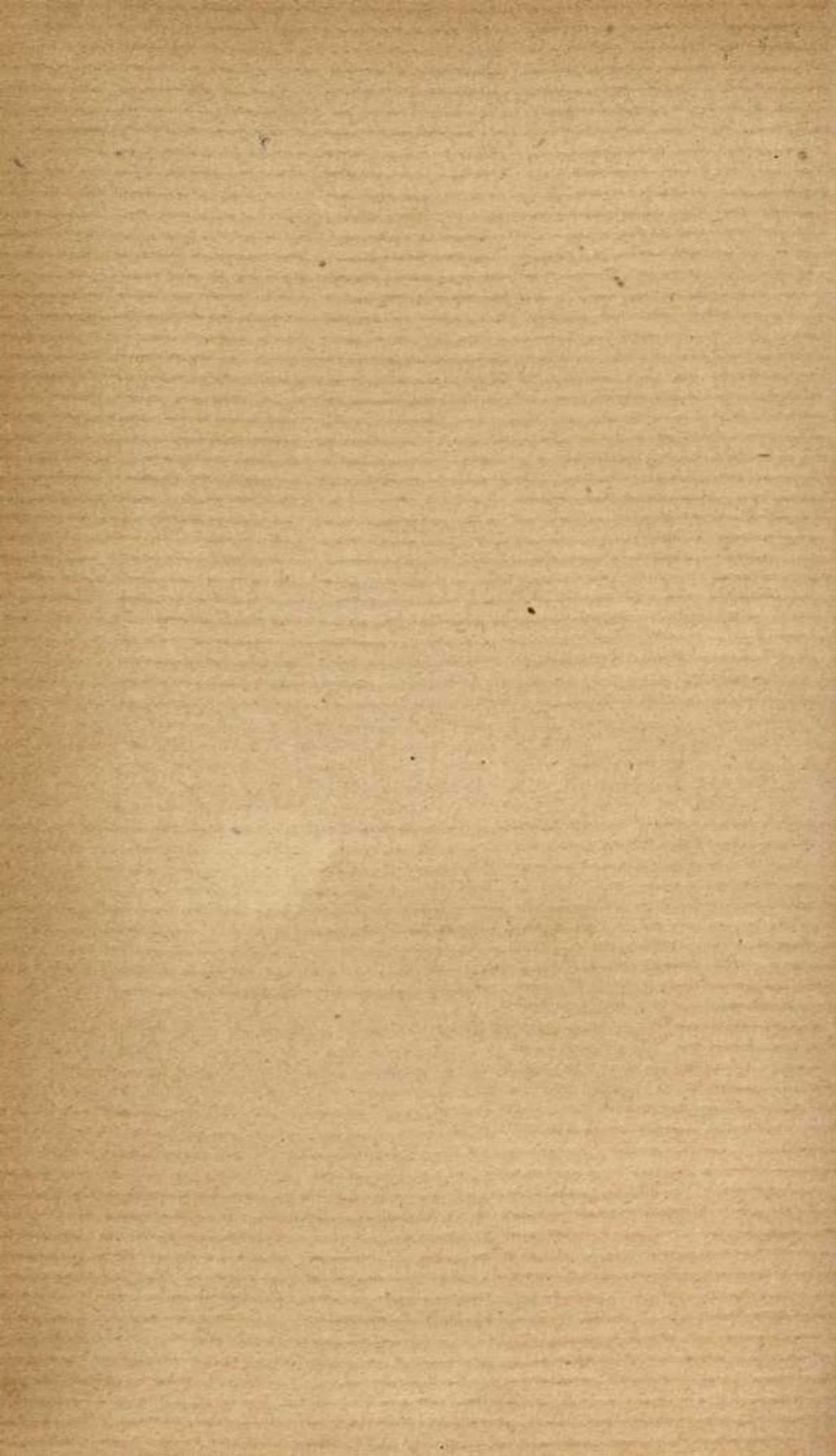
Á MANUEL MARTINEZ BARRIONUEVO

Que un Dios existe la razón me grita,
y un algo misterioso me lo niega,
en tanto en sombras mi cerebro anega
la incertidumbre que en mi sér palpita.

Ansiosa el alma, sin cesar, se agita
en el mar insondable en que navega,
y ora del dogma hasta las playas llega,
y ora en la sirte á la impiedad visita. ■

Doliente y errabundo y sin consuelo,
jamás de la verdad que tanto ansío
logro rasgar el tenebroso velo.

¡Rompe ya, oh duda, tu crespón sombrío,
y haz que me arrastre ó que remonte el vuelo,
que ore piadoso ó que blasfeme impío!



ORIENTAL

La joya de más valía
de la granadina tierra,
la que en sus ojos encierra
luz del sol del Mediodía;
la que en mármol esplendente
tiene tallada la frente
donde la nieve se aduna
del alba con los destellos;
la que lleva en los cabellos
toda una noche sin luna.

La más bella y peregrina
que de aquel sol al reflejo
copia el Darro en el espejo
de su onda cristalina;
la que confunde orgullosa,
en la tersa faz hermosa,
la expresión dulce y liviana
y la púdica y serena
de la odalisca agarena
y de la virgen cristiana.

Tú, la que el ambiente aroma
como al rosal el capullo,
tú, la que miente el arrullo,
al hablar, de la paloma;
tú, la hurí de las huries,
la de labios carmesíes
tan bellos que el Arte en vano
por retratarlos se inspira;
tú, la que mira cual mira
el antilopé africano.

Prodigio que resplandece
porque al sol su luz le roba;
la que al mirar nos arroba
y al hablar nos enloquece;
tú, la que al andar simula
la elegancia con que ondula,
al beso del aura inquieta,
del Yemen la verde palma,
oye este canto, en que el alma
puso al cantar el poeta.

Cantar que en mi fantasía
surge al mandato imperioso,
de un conjuro misterioso,
de una oculta simpatía;
cantar de un desconocido
que en este canto escondido
deja, para siempre acaso,
otro cantar que no suena,
que es el cantar de una pena,
sin crepúsculo ni ocaso.

Ver lo que en mi canto escondo
nunca tu mente acaricie:
contempla la superficie,
pero no mires al fondo;
no intentes rasgar el velo
que he tendido sobre un cielo
que alumbró la luz más bella;
no dejes nunca que vaya
tu pensamiento á la playa
en donde el alma se estrella.

Adiós, pues, tú, la más pura
flor del carmen granadino;
adiós, alarde divino
de altivez y de hermosura;
adiós, tú, la más fulgente
estrella del occidente;
tú, la que el hechizo hermana,
en la faz noble y serena,
de la odalisca agarena
y de la virgen cristiana.

EN LA PLAYA

EN LA PLAYA

Á D. FEDERICO BALART

Iba declinando el día;
en su amplio tul al paisaje
el crepúsculo envolvía,
y las arenas cubría
de alba espuma el oleaje.

Allá, en el confin lejano,
en donde finje que sube
hasta el cielo el oceano,
límite donde la mano
la ola se da con la nube.

En el fondo, revestido
de tintas crepusculares,
el sol, casi sumerjido,
era un cráter encendido
sobre el cristal de los mares.

En lontananzas opuestas,
desvaneciendo los montes

iban las líneas enhiestas
de sus inmóviles crestas
en los amplios horizontes.

Ante aquella perspectiva,
sentí el vago enervamiento
que me besa y me cautiva,
cuando irradia fugitiva
la luz en mi pensamiento.

Cuando más embebecido
iba caminando errante,
me detuve sorprendido:
como á un conjuro surgido,
encontré un hombre delante.

¡Aun me parece que suena
su voz en el alma mía
como un cántico de pena!
¡aun me parece que llena
de luto mi fantasía!

Le vi colocar tranquilo
un arma sobre su frente,
sin vacilar cual vacilo
cuando buscar otro asilo
pienso lejos del presente.

No sé qué grité al suicida,
que posó en mí la mirada
con rabia mal contenida,
y me repuso:—Mi vida
ya tras sí no deja nada.

Y ya quiere, fugitivo,
abandonar esta triste
cárcel de polvo el cautivo,
á impulsos de un incentivo
que no sabe en qué consiste.

Y es que todo en la existencia
me rechaza eternamente;
fustazos de la experiencia,
ansias de la inteligencia,
que lo infinito presiente.

El desmayar angustioso
del vencido en el torneo
donde batalla ambicioso,
queriendo ser un coloso
no siendo más que un pigmeo.

Inextinguibles hastíos,
desalientos que me anegan
como á los campos los ríos,
y desencantos sombríos
de glorias que nunca llegan.

La eterna duda que hiere
al pensamiento y lo lanza
al piélago donde muere,
lo que la ilusión sugiere,
y sugiere la esperanza.

La excelsitud con que sueña
el que en sí lleva un abismo

donde siempre se despeña,
el que todo lo desdeña
y se desdeña así mismo.

En fin, no sé, mas lo cierto
es que en mi tedio profundo
así hallar lograré un puerto
donde valdrá más lo incierto
que lo más cierto en el mundo.

Y pues mi valor desmaya
en la lid, déjeme á solas
y libre para que vaya
á buscar distinta playa
y á buscar distintas olas.

.
¡Me alejé! Del alma mía
no se aparta aquel momento
de incertidumbre sombría.
¡Llevo el muerto de aquel día
clavado en mi pensamiento!

LUCHA ESTÉRIL

Por más que lucho con viril aliento,
y por más que me obstino,
no logro abandonar en el camino
tu imagen ni un momento;
tu imagen que en mi sér enamorado,
cual tú, en tu rico camarín, habita;
tu imagen, que impasible ha presenciado
esta lucha infinita
que me retiene en los profundos mares
de angustia y de ansiedad en que navego;
tu imagen, que rodar de los altares,
donde encendió mi fé su último fuego,
hizo los dioses que adorado había,
como la voz del Redentor un día
hizo rodar los del Olimpo griego.

Nunca, mujer, te olvido;
¡y cómo he de olvidarte, si parece
que en todo resplandece
y palpita tu sér reproducido!
Si todo me recuerda tu hermosura:
el junco tu cintura,

tus grandes ojos la radiante esfera;
el blancor de tu frente
la nieve de la firme cordillera;
el arpa el ritmo de tu voz cadente,
que al sonar en tu boca,
finje el canto de un alma apasionada;
y tu cerebro juvenil... la nada,
y tu impasible corazón... la roca.

.

Para amarte y sufrir en tanto viva
Dios me lanzó á la tierra
que por ser tu mansión ya me cautiva;
mansión á donde Dios tal vez destierra
al alma que en el cielo presta abrigo
á un pensamiento de placer liviano

.

¡Mansión más bella que el Edén cristiano,
si la pudiera recorrer contigo!

Á EMILIO THUILLIER

A EMILIO THUILLIER

Tú has llegado por fin, tú ya has vencido,
tú, por fin, ya tremolas
sobre la cumbre el pabellón glorioso
que fué en la lid tu poderosa egida;
tú ya á tus pies contemplas
los agudos zarzales,
los anchos precipicios, las abruptas
sendas que recorriste conturbado
para poder llegar al deslumbrante
pórtico de la fama.

Tú ya recojes de tu noble esfuerzo
el rico galardón, la dulce ofrenda
que el mundo brinda al gladiador que triunfa;
tú ya percibes el sagrado aroma
que dan al aire las fragantes flores
que los jardines de la gloria esmaltan;
tú ya en tus sienes luces
el laurel inmortal; tú ya en tus venas
arder no has de sentir la calentura
que á Tántalo abrasó en los arenales;

tú ya, cuando del sueño en el reposo
volar dejes feliz tu fantasía,
verás aparecer entre las olas
de luz de tus delirios,
la visión adorada
del triunfo conquistado que ya llena
de amor, ungió tu sér, posando un ósculo
celestial en tu frente.

Tú ya no mirarás como yo miro
brotar de las penumbras
de los sueños fatídicos, la escueta
y amarga decepción, siempre vestida
de ilusiones ya muertas, ni con gestos
de irónico desdén y voz tonante,
te dirá sin cesar:—Todo es inútil,
siempre sujeto á la sangrienta roca
de tu ambición irrealizable, en vano
protestarás contra la aciaga suerte;
para ti no hay más luz que la luz mía,
ni más perfume que el mortal perfume
que el desencanto al florecer derrama;
ni más deleite que el deleite impuro,
ni más templo que el antro donde offician
la eterna rebelión y la congoja.

.

¿Te acuerdas de aquel tiempo
en que felices, sin cesar soñábamos
con esos panoramas
en donde tú, más fuerte y más dichoso,

lograste penetrar? Dime ¿te acuerdas
de aquellos días que jamás se esfuman
en mi cerebro, que la noche envuelve?

Fijos los ojos en distintas cúspides,
confiados los dos, nuestro camino
emprendimos al par... No siento envidia
al verte erguirte en la alcanzada meta;
lo que siento es tan solo
ardiente emulación, ansia sin límite
de alzarme como tú sobre la cumbre
que escalar pretendí desde la infancia.

Tú al levantar el vuelo
lo hiciste tan viril y tan brioso,
que hoy ya te bañas en el éter puro,
entre tanto que yo, maltrecho y triste,
lanzo mis notas desde el árbol muerto
de mi yerta esperanza,
á donde me encadena mi destino,
sin ver á mi alrededor más que desiertas
perspectivas sin luz y sin colores.

.
Perdona si mi voz se alza doliente,
y si al ir á arrancar de mis cantares
el más alegre para ti, he lanzado
una histérisca queja en vez de un himno
de acordadas dulzuras; en mi lira
no hay una cuerda que al placer responda:
en ella sólo cantan

el dolor y la duda y la enervante
erótica molicie, que es la fuente
donde el olvido apuro,
cuando entre los escombros
del palacio ideal que alzara un día,
pienso desesperado
que no vale la mísera existencia
ni una de las lágrimas
que desborda en mis ojos y en mi pecho
la contraria fortuna.

¡Pero, qué hacer! Al comenzar la senda
sin duda Dios en nuestra frente imprime
nuestro vario destino... así es la vida!
y en vano es que rebelde me levante
contra todo iracundo,
porque entre tanto que la tierra aliente
habrá noches y auroras,
y tronos y calvarios
y en la lid vencedores y vencidos.

TÚ

Tú eres la compañera, la bien amada,
la que vierte en las brumas de mi camino
la claridad celeste de su mirada;
la que, buena y hermosa y enamorada,
lucha cuando yo lucho contra el destino.

Tú lloras en silencio también si lloro;
cuando yerto y rendido y desesperado
en mis luchas sin tregua la muerte imploro,
tú de tu amor del alma todo el tesoro,
generosa me ofreces, siempre á mi lado.

Tú tienes en la frente la alabastrina
nitidez de los pétalos de la azucena;
tú tienes en los ojos la luz divina
conque el astro de plata blanco ilumina
del lago adormecido la onda serena.

Tú tienes en tu acento sonoridades
que en mi espíritu engendran santas delicias,
y llenan cadenciosas mis soledades;
tú solamente calmas mis tempestades
con los blandos arrullos de tus caricias.

En el mar proceloso de mi existencia
tú eres mi única playa, mi único abrigo;
de mis últimas flores la última esencia;
astro de melancólica fosforescencia
en la noche insondable que va conmigo.

La que con sus halagos al alma aquieta,
la que el tósigo endulza de mis pesares,
lazo que á la existencia fiel me sujeta;
¡tú eres la clara fuente donde el poeta
bebe el ritmo más puro de sus cantares!

Jamás de las traiciones vibró en tu seno
la silenciosa víbora su áspid ardiente,
ni emponzoñó mi vida con su veneno;
ni cobarde, ni impuro, ni al bien ageno
jamás un pensamiento surcó tu frente.

A tí, que, en el sendero de mis dolores,
cuando gimo postrado por la fatiga,
me duermes con el cántico de tus amores,
y mi senda iluminas con los fulgores
del sol de la esperanza ¡Dios te bendiga!

VAGUEDADES

Á ADOLFO PÉREZ

Yo en esas horas de indefinibles
y misteriosas melancolías,
en que parece que nuestro cuerpo
la nada invoca, falto de vida,
y de los sueños la luz celeste
nos ilumina.

Yo en esas horas en que, nostálgicos,
todo, sentimos, que nos hastía,
y en el espíritu surgen serenas
apariciones de azur vestidas,
que con halagos inmateriales
nos acarician.

Yo en esas horas siento que el alma
rompe la cárcel que la esclaviza,
y que se eleva, pura y triunfante,
por otras zonas desconocidas,
llenas de inciensos y resplandores
y voces rítmicas,

Y en las azules inmensidades,
entre los astros, voga tranquila,
sin los dolores que la entristecen
y sin las dudas que la fatigan,
en las batallas de la existencia
que no terminan.

Loco, me dicen porque así sueño;
loco, me llaman los que me miran
cruzar la tierra como un sonámbulo,
llena de absurdos la fantasía,
y el alma llena de sentimientos
que no adivinan.

Mas, ¡qué me importa que así me juzguen
los que no saben que en mí escondida
llevo la onda de oculta fuente,
de ignoto cielo la luz purísima,
la que me alumbra, la que me alienta,
la que me inspira!

Si esto es locura, quiero estar loco
mientras cruzando la tierra siga,
mientras me asedien los infortunios
y las congojas que en mí palpitan,
hasta que el alma deje mi cuerpo,
ya redimida.

EN REPOSO

SONETO

El mar, cansado de luchar, reposa
como gigante gladiador vencido,
y la frente reclina adormecido
en el regazo de la playa hermosa.

En la verde enramada silenciosa
duerme ya el ave en el caliente nido;
brilla el astro en el éter suspendido
y brilla la luciérnaga en la rosa.

El agua apenas su cristal ondula,
y un canto errante al resbalar simula
la fresca brisa en sosegado vuelo;

Duerme la tierra en paz, duerme, y en tanto
puro la ciñe el tachonado manto
y la acaricia con su luz el cielo,



INDIANA

Ven conmigo, radiante vestal indiana,
la de la tez morena de raso y grana,
la de esbelta cintura de bayadera,
la que de ébano tiene la cabellera;
la que copia en la negra pupila ardiente
de aquel sol el destello resplandeciente,
la que lleno de ritmos tiene el acento
y orientales perfumes vierte en su aliento;
la que engendra en mi sangre la calentura,
la que mórbida imita de la escultura
en su cuerpo enervante la curva hermosa;
la que lánguida gime de amor ansiosa
y mil locos ensueños de amor inspira;
la que vela con chales de cachemira
el espléndido y virgen seno de diosa.

Abandona esas selvas y esos juncuales
donde rujen los tigres y los chacales,
y el insecto de oro relampaguea
en las mallas flotantes de la orquidea;
donde lucen las aves los cien colores
de sus alas bruñidas con resplandores;

donde un tul de zafiros semeja el cielo
y el pelícano amante tiende su vuelo;
donde el tierno Valmiki pulsó la lira
y sus himnos guerrieros cantó el chatira;
donde el crótalo ondula su verde anillo,
donde todo derrama fulgente brillo,
donde lanzan sus gritos los bengalíes
y sus nidos suspenden los colibríes
de las ramas mortales del manzanillo.

Abandona del Ganges ya las riberas,
las cálidas penumbras de sus palmeras,
esos bosques en donde fulgura el día
como en ricos joyeles de pedrería;
donde el iris sus varios colores toma,
donde el sándalo vierte su rico aroma,
donde cuando la noche tiende su velo
como un sol cada estrella brilla en el cielo;
abandona esos lagos, en cuya espuma
humedecen los cisnes la blanca pluma;
y esos templos que elevan sus alminares
sobre verdes garzotas de platanares,
y á morir ven de amores entre mis brazos,
al calor infinito de mis abrazos
y á los blandos arrullós de mis cantares.

EN LA FRAGUA

SONETO

Negro crespón en el espacio ondea;
negro penacho en el fogón levanta
la llama que, ora recta se agiganta,
ora rota en girones centellea.

Frente á frente al jayán que martillea
el hierro que en el yunque se quebranta,
un tiznado rapaz alegre canta
mientras la barra sin cesar voltea.

Todo allí traba atronador combate;
todo hirviente y brutal protesta y late
en el recinto de negruras lleno;

todo allí alienta con potente brío,
y parecen cantar su poderío
juntos el yunque y el titán y el trueno.

LOCURAS

Pronto, muy pronto, moriré, bien mío,
no sé por qué presiento
dentro del alma de la muerte el frío.

Cuando llegue el momento
en que contemple por la vez postrera
tus ojos, donde arde
la luz que en el ocaso
el sol derrama al declinar la tarde;
los niveos tonos de tu tez de raso
en los que nunca el sonrosado asoma;
el mármol de tu cuello
—cuello de cisne ó de torcaz paloma;—
tu abundoso cabello,
que en áureos bucles su caudal desata,
como la catarata
destrenza sus raudales;
tu seno recatado,
donde puso el deleite su atractivo;
tu brazo torneado;
tu talle esbelto, cimbrador cautivo
del elegante ceñidor de seda;

tu airoso cuerpo sin rival, que indica
lo que al cincel por cincelar le queda;
tu pié, que al contemplarte no se explica
con qué tu paso al caminar señalas;
¡pié tan sutil y breve,
que hay quien, osado, á imaginar se atreve
que Dios te ornó con invisibles alas!

.
.

Antes que el cuerpo en su postrer instante
pierda su último brío
y me sientas gemir agonizante,
junta tu cuerpo con mi cuerpo amante,
junta tu labio con el labio mío;
y si me adoras como yo te adoro,
antes que muera, por piedad, te imploro
que traigas, cuando vengas á mi lado,
aquel puñal que humedecí en veneno,
y que descubras el radiante seno,
y me des el puñal envenenado.

RECUERDOS

RECUERDOS

Aun se alzan los viejos muros,
y en ellos de piedra en piedra
suspende la verde yedra
sus cortinajes oscuros;
aun se yerguen inseguros
los góticos torreones,
por ya rancias tradiciones
en viviendas convertidos,
de duendes y aparecidos
de antiguas generaciones.

Por recordar del pasado
las risueñas lontananzas,
y evocar las esperanzas
que forjé contigo al lado,
de aquel recinto arruinado
trepé al sendero escabroso;
crucé del cegado foso
el tembloroso rastrillo,
y al fin llegué del castillo
al pórtico silencioso.

Del crepúsculo suave
llenaba, la luz serena,
la abrupta vertiente, llena
de reposo triste y grave;
desde las breñas, el ave
cantando, al sol despedía;
la tarde palidecía
por los anchos horizontes
y se esfumaban los montes
en la inmensa lejanía.

Plácido adormecimiento
llenaba el monte y el llano:
lo distante y lo cercano,
la tierra y el firmamento;
con tañido ronco y lento
voceaba la campana
de aquella ermita lejana
que se logra ver apenas,
desde las rotas almenas
de la fuerte barbacana.

Ya allí evoqué aquellos días
en que, dominando al miedo
el amor, con paso ledo
hasta el pórtico venías;
tal cual te me aparecías
en nuestra niñez amada,
pensé verte enamorada
llegar á mí temblorosa,
como tórtola medrosa
perseguida, á la enramada.

Cual invisible incensario,
tu recuerdo vaporoso
dió su perfume al ruinoso
recinto ya solitario;
fué aquel el confesonario
de nuestras dichas primeras,
donde con frases sinceras
y tímidos balbuceos,
cual las olas, mis deseos,
buscaban ya sus riberas.

Tus pudores infantiles,
como dique diamantino,
burlaron el torbellino
de mis ansias juveniles;
brutales y varoniles
estallaban mis pasiones,
y sus locas rebeliones
eran los ricos veneros
de mis delirios primeros
y mis primeras canciones.

¡Tú y la gloria! cumbres bellas
donde quise alzar el vuelo!
¡del más purísimo cielo
las más fúlgidas estrellas!
esperanzas que, sin huellas
dejar tras sí, de mi vida
huyeron, luz extinguida
por decreto de la suerte,
¡ya sin vosotras la muerte
llevo en el alma escondida!



¡Gloria! Inefable demencia,
¡Amor! pérfido espejismo,
mas ¡cuán hondo es el abismo,
sin ellos, de la existencia!
¡Ay del que apura, en la ciencia
de la vida, el desconsuelo!
¡Ay del que intenta del cielo
cruzar las sendas ignotas,
y siente las alas rotas
y alzar no puede su vuelo!

¡Ay del que batalla en vano
y vé morir su energía,
de la pena más sombría
en el más negro oceano!
¡Ay del que busca una mano
protectora! ¡Ay del que siente,
piensa y lucha noblemente
por ganar la excelsa palma!
¡del que lleva algo en el alma
y algo también en la frente!

Paladín ensangrentado
que ya exánime se abate
en la arena del combate
donde ha sido derrotado,
jamás encuentro á mi lado,
en la terrible contienda,
de una esperanza la ofrenda
que me aliente y que me escude,
ni hallo nadie que me ayude,
ni nadie que me comprenda.

.
.
Todo esto pensé aquel día
al evocar tu memoria
y los ensueños de gloria
que en mi niñez perseguía;
ya envuelto la noche había
cielo y tierra con su manto;
volví en mí, sequé mi llanto,
torné á cruzar el rastrillo,
y abandoné aquel castillo
que es para mí un Camposanto.

FRAGMENTO

.
Arrancó de su frente el blanco velo,
la capota de raso y de plumaje;
despojóse nerviosa del ropaje
de seda y terciopelo,
y con voz fatigosa,
á la joven doncella, silenciosa
fiel confidente de su amor nacido
para su risa convertir en llanto,
pidiÓla un negro manto,
negro un velo y también negro un vestido.

En medio de la estancia decorada
con gracia y sencillez, á los destellos
de una lámpara azul, desordenada
la crencha de finísimos cabellos
sobre los curvos hombros de alabastro,
donde el cincel divino
dejó al pasar su inimitable rastro;
desnudo el peregrino
contorno de su seno, que parece
retar con su belleza al de la diosa

que, púdica y medrosa,
á los rayos del sol desaparece;
luciendo la ondulante gallardía,
la elástica esbeltez de una cintura
que, aunque copiarla sin cesar procura,
el Arte no ha copiado todavía;
con la pupila azul, más brilladora
que el lago cuando en luz deslumbradora
el astro su cristal limpido baña,
que la retiene en su zafir cautiva;
más fragante que el aura fugitiva
que besa el tomillar en la montaña;
gentil cual la gacela,
cuando se yergue en la africana duna;
más pálida que el rayo de la luna
cuando en las ondas de la mar riel;a;
mirándose sin verse en el espejo,
que ella con el reflejo
de su mirar resplandeciente irisa,
al sentir en su sér la lid más ruda
del amor y el deber, surgió la duda
y su alma amante vaciló indecisa.

Mas ¡quién el nudo del dogal desata,
cuando en él la pasión nos aprisiona!
¡En el palenque de la vida ingrata,
por algo siempre la verdad pregona
que el amor no es amor cuando razona,
ni el deber es deber cuando nos mata!

De su nítido cuerpo los hechizos
vistió, temblando de temor y anhelo,

y cubriendo su rostro con el velo,
y con el manto los lucientes rizos,
lanzóse á la marmórea escalinata
ebria de amor y de ansiedades loca,
llenas las venas de pasión y antojos,
de lágrimas los ojos
y de suspiros la candente boca.

.

UN ESTRENO

UN ESTRENO

Á ANTONIO REYES.

Se iba á estrenar un drama
de un amigo leal é infortunado
cuya sombra este canto me reclama.

Inquieto, fatigado,
el revuelto escenario recorría
con paso desigual y acelerado;
en sus ojos tenaz resplandecía
esa fiebre nerviosa sin delirio,
que engendra en nuestro sér la incertidumbre,
cuando intentamos escalar la cumbre
en busca de la gloria ó del martirio.

Amarilla la tez, casi verdosa,
encrespada la riza cabellera
sobre la frente varonil y hermosa,
—noble horizonte de su faz severa—
la barba hirsuta, el ademán de loco,
ajado el negro traje,

jamás he visto ni veré tampoco,
de la sombra y la luz en maridaje
más verdadera encarnación humana;
el tiempo aun no ha borrado de mi mente,
su mirada imponente,
ni su amarga sonrisa volteriana.

Al mirarme llegar, con voz temblona
y estrechando mi mano,
me dijo:—Oye y perdona
si á ti, á quien el dolor hizo mi hermano,
antes no he confesado qué motivo
me retiene cautivo
de esta angustia infinita que me mata:
la causa es que en un palco está la ingrata
del cielo de mi amor única estrella....
¿y qué hacer si ese público severo
de su terrible crítica el acero
me hunde en el corazón delante de ella?
¡de ella que el nombre del autor no ignora!

.
Le miré emocionado, y sentí frío
cuando me dijo:—Adiós, amigo mío,
se levanta el telón. ¡Llegó la hora!

*
**

¡Oh, público imparcial! cuando reparo
y te miro juzgar indiferente
al que te pide amparo;
abrumar con tu risa al imprudente
que llega á ti con las primeras galas

y las luces primeras de su ingenio;
y al par que en gritos tu desdén exhalas,
rompes injusto las brillantes alas
del Arte que al nacer vuela al proscenio.

Cuando miro injusticia tan notoria,
siento en mi mente palpitar la historia
del noble amigo á quien sin causa heriste,
y recuerdo, colérico y sombrío,
cómo tu fallo impío
al poeta infeliz que ya no existe
hirió implacable y le robó el aliento;
y cómo desde aquellos bastidores,
con agónico acento
y hechos luz en sus ojos sus dolores,
me dijo:—Mira—y señaló un momento
hacia el fondo de un palco, en que una hermosa
de ojos azules y de tez de rosa,
casi oculta detrás del terciopelo
de la roja cortina,
recataba su boca purpurina,
por la risa ocultar, con el pañuelo.

Recuerdo cómo luego busqué ansioso
al mártir, recorriendo presuroso,
sin lograr encontrarle, el escenario,
al son de la imponente gritería
conque el público injusto convertía
en circo y en burdel el santuario.

.

¡Cuán tarde lo encontré! Ya de su vida
marcado había con sangrienta huella
la lúgubre y solemne despedida.

. ,

Desde entonces mi sér jamás olvida
ni aquel extremo, ni la risa aquella,
ni del público aquel la intolerancia;
y ya siempre delante del proscenio,
por no herir nunca por error al genio,
aplaudo sin cesar á la ignorancia,

CARTA ÚLTIMA

CARTA ÚLTIMA

Cuando llegue esta carta á su destino,
y el sobre rompas con tu blanca mano,
ya término habré dado á mi camino.

Cansado ya de batallar en vano,
gozaré el sueño eterno de la muerte,
lo más distante del palenque humano.

Ya dormiré mi corazón inerte,
ya no se asomará, mujer ingrata,
mi espíritu á mis ojos, para verte.

Tu perfidia es, mujer, lo que me mata;
tu perfidia, mujer, tu villanía,
es lo que la existencia me arrebató.

Yo en ti puse la fé del alma mía;
yo á ti volé como la nave al puerto
tras ruda brega con la mar bravía.

Tú fuiste el Norte de mi rumbo incierto;
tú la palmera que prestó un instante,
al nómada, su sombra, en el desierto,

Mas dormido á tus piés el caminante,
con la ponzoña que tu sér derrama
envenenó su corazón amante;

Y envenenado, sin cesar te llama;
pues aunque sabe bien lo vil que eres
y aunque desprecia la traición, te ama.

Y más te ama mientras más lo hieres,
y de este amor la turbulenta ola
ya anegó para siempre sus placeres.

Ya de la dicha el sol nunca arrebola,
ni un momento, la senda solitaria
que el alma cruza delirante y sola.

Ya tú no besas amorosa al paria,
ni escuchas, cuando gime, su gemido,
ni acojes, cuando reza, su plegaria.

Por eso conturbado y dolorido,
yo mismo el nudo del dogal, desato,
de mi existencia, de sufrir rendido.

Así lo quiere mi destino ingrato
.
¡con cuánto amor mi corazón suspira
al ver ante mis ojos tu retrato!

¡Cómo la mente de pesar delira
al ver, de la razón ya roto el freno,
la bella imagen que su trova inspira!

¡Ay! cuántas veces recliné sereno,
cual sobre ondas de marfil turgente,
mi cabeza febril sobre tu seno!

¡Ay! ¡Cuántas veces, cual raudal luciente
los rizos de tu rubia cabellera
acariciaron mi abrasada frente!

¡Cuántas y cuántas veces prisionera
te retuve en mis brazos, reclinada,
en el hervor de mi pasión primera!

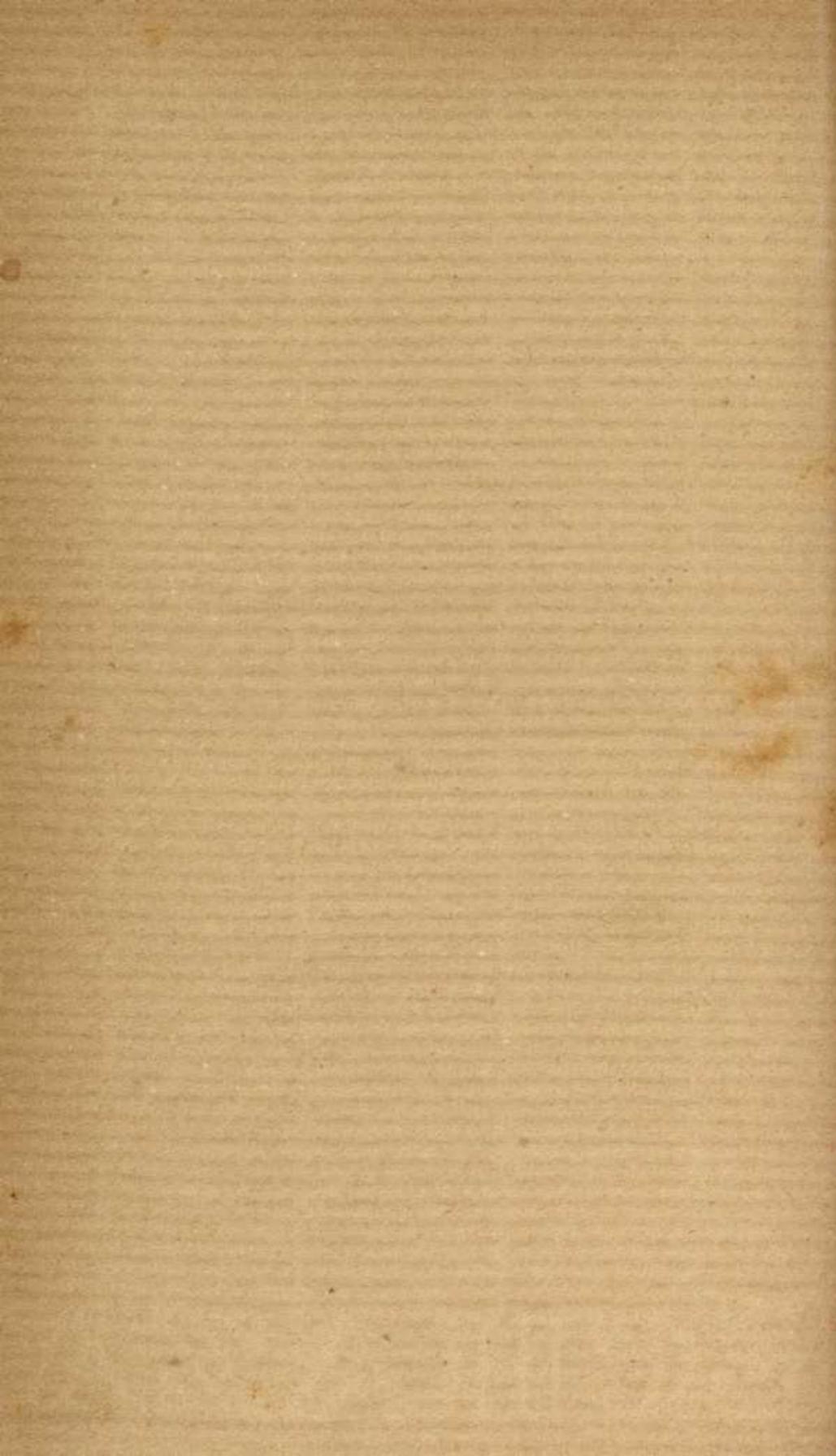
Adiós, por siempre adiós, mujer amada;
adiós, regazo que prestóme abrigo,
fúlgida antorcha para mí apagada;

Adiós, amor que te hundirás conmigo,
adiós, por siempre adiós, ya voy cansado
á morir, y al morir, yo te bendigo.

—¡Cuántas veces su espectro ensangrentado
en tu alma surgirá!—dije á la bella,
la carta al devolverle emocionado.

—El astro que más vívido destella,
al ocaso, al llegar, su luz sofoca
y se extingue con él su ardiente huella;

La pasión más vehemente, la más loca,
muere si cruza sin objeto el mundo,
y cual ella el dolor, el más profundo
muere—me dijo. Y me besó en la boca.



¡A TÍ!

Espléndida, soberbia, deslumbrante,
gentil y arrolladora,
por mi lado pasar te ví un instante;
un instante no más vibró sonora
tu voz en mis oídos,
y una oleada de ansiedad ardiente,
anegó, al escucharla, de repente,
mi alma y mi razón y mis sentidos.

Y te amé... ¡quién no ama
la gloria que fascina
ó la hermosura que la sangre inflama!
¡quién la frente no inclina,
convulso de pasión, ante tus ojos,
donde el astro retrata sus fulgores!
¡quién al verte, de hinojos,
un himno á tu belleza no levanta!
¡si hasta los cielos que arrebola el día
colocarlos debía
como alfombras de luz, Dios á tu planta!

Yo sé que nunca lograré triunfante
llegar á la distante
cumbre de amor que en escalar me empeño;
porque tú eres la luz y yo la bruma,
yo la ola rugiente, tú la espuma,
yo la amarga verdad y tú el ensueño;
yo el ocaso glacial, tú la alborada,
tú la clara razón y yo el delirio,
tú el goce, yo el martirio,
tú el cielo todo, en fin, y yo la nada.

Yo sé que la montaña no reclina
la granítica frente
en el fondo del valle que domina;
yo sé que nunca el sol baja al torrente
cuyas ondas revueltas ilumina;
yo sé que es desvarío
intentar hasta ti tender el vuelo....
mas también sé, bien mío,
que puedo amarte, como puede, impío,
Luzbel con ser Luzbel amar el cielo.

ALUMBRAMIENTO

SONETO

Á N. DÍAZ DE ESCOVAR.

Ruje el trueno y veloz salta el ventisco,
la sombra en el espacio se dilata,
desborda el río su caudal de plata,
y oculta el sol su refulgente disco.

Con turbulento son, de risco en risco,
se despeña la hirviente catarata,
y su luz el relámpago desata,
y destruye las mieses el pedrisco.

El rayo ciega con su viva lumbre,
al rodar el alud desde la cumbre
troncha la encina en la feraz ladera;

y es que la tierra estremecida siente
que lucha por rasgar su seno hirviente,
ansiosa de nacer, la Primavera.

SOMBRAS PÉRFIDAS

Por el sol indio abrasado,
entre los verdes juncales,
halló un viajero cansado,
el árbol envenenado
de las selvas tropicales.

Arbol de pompas livianas,
el más bello que en la flora
de las regiones indianas,
ofrece á las caravanas
su sombra envenenadora.

Delirante de alegría,
bajo su toldo de encaje
durmió el nómada aquel día...
¡y allí duerme todavía
bajo el pérfido ramaje!

Como al viajero imprudente
ocurrió al quedar dormido
bajo el árbol del Oriente,
con tu hermosura esplendente
y tu amor me ha sucedido,

Harto de luchar, sujeta
al dolor el alma herida,
como la ortiga á la grieta,
iba cantando el poeta
sus delirios, por la vida.

Iba cantando, cual canta
el que sólo pisa abrojos
en donde pone la planta,
con la queja en la garganta
y con el llanto en los ojos.

Y al mirar tu arrobadora
faz, pensó ver, indecisa,
una sombra protectora,
y te amó como el que llora
ama el placer y la risa.

A tus traiciones ageno,
su corazón desgarrado
buscó un dictamo en tu seno;
y respiró tu veneno...
y sucumbió envenenado.

Pero no te cause pena
tu condición, que es la suerte
la que á matar te condena:
¡como el árbol envenena,
tú, sin querer, das la muerte!

.

¡Mujer y árbol, tentadores
engaños con que el destino
cubre los antros, de flores:
¡no me brindeis más, traidores,
vuestra sombra en mi camino!

A ESPRONCEDA

A ESPRONCEDA

Ya crucé la frontera
que maldijiste de los treinta años,
al mirar en tu riza cabellera
en canas blanquear los desengaños;
ya en el árbol siniestro de mi vida
su escarcha el viento del otoño arroja,
ya empieza á despojarlo hoja por hoja
del goce muerto y la ilusión perdida.

Ya al tender la mirada por el triste
paisaje del mañana,
to lo ante mí de lobreguez se viste;
ya con sus nieves mi cabeza cana
despojando de luz va mis ideas;
ya rotas sus preseas,
la fé que me escudara no me escuda;
ya todo á mi alrededor yerto enmudece;
ya tan sólo me ofrece
su hez, su llanto y su inquietud la duda.

En los puros albores
de mi edad juvenil—onda serena
adormecida entre fragantes flores—
cuando la fé, su voz que ya no suena
hacía vibrar y le mostraba el puerto,
al resplandor de su celeste llama,
á mi entusiasta corazón ya muerto;
cuando en medio del vasto panorama
de mis ansias de gloria y de cariño
cantaba alegre el niño
como el ave feliz de rama en rama.

Cuando la vida, con traïdor halago,
me ocultaba este mar pérfido y hondo
donde, cual rota embarcación, naufrago;
cuando tranquilo y sin mirar al fondo
flanqueaba el abismo en cuyo seno
el infortunio la terrible clava
afla y toma su mortal veneno;
cuando cual dócil y sumisa esclava
llevaba la alegría
y en risueño tropel las ilusiones
doraban al surgir mi fantasía...
mi alma se estremecía
la amargura al gustar de tus canciones.

Tu voz en mi camino
me azotaba crüel con el empuje
conque azota en revuelto torbellino,
al lago azul la tempestad que ruje;
y así como defiende

la existencia en mitad del oceano,
el pobre nauta que las olas hiende,
yo luchaba también contra el tirano
influjo de tu voz desgarradora,
de tu genio romántico y sombrío...
¡Lira donde inmortal canta el hastío,
gime el placer y la esperanza llora!

Luchaba hasta lograr el alma inquieta
avivar otra vez la luz sagrada
que amortiguaba el trovador profeta,
y su influjo al vencer, el pecho herido
se alzaba dolorido,
colérico y febril, contra el poeta.

Perdona si pensé, inexperto y loco,
mal de quien me enseñó con sus canciones
á presentir la realidad que toco;
es verdad, humo fueron, las que invoco
efímeras visiones
de amor y gloria que sus ricas galas
hicieron vislumbrar al pensamiento,
¡de una absurda ascensión rotas escalas!
!traidores espejismos de un momento!
¡divina imantación del firmamento
donde me quise remontar sin alas!

Perdona, sí, perdona, ya en el grito
de tu lenta agonía,
hondo y desgarrador, el alma mía
también ha visto su dolor escrito

y triste y vagabundo,
repito sin cesar el anatema
que ardió en tu labio, tu verdad suprema:
que haya un cadáver más ¿qué importa al mundo?

PRIMAVERA

Á D. ANTONIO CASTELLÓ

Ya del Norte brumoso por los confines,
el Invierno su triste capuz repliega
y en su carro de flores torna triunfante,
empapada en perfumes, la Primavera;
á su beso fecundo todo palpita,
todo fulge radiante, todo se alegra,
y hasta el cielo se viste con deslumbrante,
de zafir y de fuego, túnica regia.

Y al par que los celajes se tornasolan,
y las flores derraman su pura esencia,
del cansado cerebro por los rincones,
luminosa y potente, surge la idea;
un hálito divino de ondas vitales,
su raudal misterioso vierte en las venas;
y anegarse en ensueños la fantasía
y en amor el espíritu, mira el poeta.

Algo siente en su seno gestar el alma,
la inspiración enciende nervios y arterias,

todo lo que sentimos nos adormece,
todo lo que miramos nos embelesa,
todo lo que soñamos nos acaricia,
y brota en nuestros cantos hecho cadencias,
auroras y crepúsculos, risas y llantos,
realidades y sueños, cielos y tierras.

Columpiado en la hamaca de mis delirios,
mi sér eternamente dormir quisiera,
distanciado de un mundo que no comprendo,
y el que nunca consiguió que me comprenda,
ó acabar para siempre la eterna lucha,
en que, autómata imbécil, lucho á la fuerza,
ya sin cota ni casco que me resguarden
y sin armas ni aliento que me defiendan.

¡IMPOSIBLE!

¡Imposible! me dices bien mío
cuando loco, y de dicha sediento,
en tus ojos mis ojos se clavan,
y palpita amoroso mi pecho,
y la fiebre se enciende en mis venas,
y amenaza estallar mi cerebro,
y naufrago en un mar de ansiedades,
de llantos y dudas, de amor y de celos.

¡Imposible! lo sé, ya otro hombre
más feliz consiguió ser tu dueño,
y son suyos tus dulces hechizos,
y son suyos tus locos deseos,
y el suspiro que brota en tu labio,
y el latido que ondula tu seno,
y el afán que en tus ojos fulgura,
que vibra en tu sangre y abrasa en tu aliento.

¡Imposible! lo sé, ya muy pronto
sólo verte podré desde lejos,

sin mirarme en tus ojos azules,
sin gustar de tus labios los besos,
sin tus manos sentir en mis manos
sin mis brazos ceñir á tu cuello,
sin poder estrechar, delirante,
cual rico tesoro, tu mórbido cuerpo.

¡Imposible! lo sé; me lo dicen
las profundas tristezas que siento,
cuando miro tu pálido rostro
al través del finísimo velo
que tus tersas facciones envuelve,
como envuelve en la nave del templo,
de la Virgen el puro semblante,
la blanca neblina que forma el incienso.

Adiós, pues, imposible del alma,
mi perdida ilusión de un momento;
¡cuán amargo va á ser mi destino,
cuán abrupto va á ser mi sendero,
cuando cruce por él, cual si fuera
para mí ya la tierra un desierto;
cuando sólo contemple tu imagen
flotar en las olas de luz de mis sueños!

¡SUICIDA!

À JOSÉ M. ALCALDE

Penetré en el recinto;
las alfombras hollé con paso incierto,
y á mi amigo encontré lívido y yerto,
rígido el rostro con su sangre tinto;
pedazos hecha la orgullosa frente,
donde un tiempo brillara soberano
el genio, cual la luz en el Oriente;
aun el arma fatal aprisionada
en la crispada mano,
é inmóvil la pupila, sin mirada,
en tanto que en su boca parecía
que irónica la muerte se reía
con una silenciosa carcajada.

¿Qué recia tempestad, qué horrible pena
hizo que aquella voluntad de acero
rompiese de su vida la cadena?
qué dolor escondido
hizo postrarse al gladiador vencido
de ignota lid sobre la ardiente arena?

.....

Llevó consigo de la tumba al fondo
 la negra clave del terrible arcano;
 ¡quién sondar puede el pensamiento humano!
 ¡es más fácil llegar á lo más hondo
 del férvido oceano!

¡Pobre amigo! Bajel á quien la suerte
 empujó entre rugientes vendabales,
 á las playas eternas de la muerte.
 Quizá rotos al ver los ideales
 que bañaron en luz su fantasía;
 al beber gota á gota lá alegría,
 y el dolor á raudales;
 cansado de buscar lo que no alienta,
 por mirar conjurada la tormenta
 que vibraba en su alma y en su mente,
 audaz y temerario,
 supo altivo arrancar en su calvario,
 la corona de espumas de su frente.

¿Has hecho bien ó mal? al verle yerto
 preguntóle doliente y conturbado
 mi herido corazón al suyo muerto.

¡Quién sabe si ha alcanzado
 la paz que en balde demandó á la vida
 y si tras el dolor de un solo instante
 para siempre logró mirar triunfante
 su aciaga suerte ante sus pies vencida.

Esto pensé un momento, y silencioso
 me alejé del cadáver del suicida,
 no sé si compasivo ó si envidioso.

RUINAS

Á ADELARDO REYES.

¡Salve, mi pobre hogar triste y desnudo!
¡salve, plácido albergue de mi infancia!
¡salve, vieja mansión! ¡Yo te saludo!

Ni el tiempo, ni el dolor, ni la distancia,
lograron disipar en mi memoria
de tu grato recuerdo la fragancia.

Aquí, soñé con alcanzar la gloria,
¡sol esplendente que jamás declina,
mas de luz para mí siempre ilusoria!

Aquí al calor de mi ilusión prístina,
jamás adivinó mi pensamiento
el valladar donde el placer termina;

Aquí siempre ví azul mi firmamento,
aquí la dicha me halagó un instante
y la esperanza me arrulló un momento.

Aquí, al abrigo de regazo amante,
ver creyó el alma, de entusiasmo henchida,
próximo el bien y la maldad distante;

Aquí, por sus quimeras remecida,
entre puras auroras irisadas
anegándose en sol miró la vida.

Aquí nunca rodó en las emboscadas
donde el mal la aprisiona entre sus lazos
para en ella asestar sus estocadas.

Ni vió, cabe la nave hecha pedazos,
cómo la humanidad contempla esquiva
al que le tiende al naufragar los brazos.

.....

¡Salve, de la vejez pobre cautiva
de faz rugosa y corazón desierto,
que en mí el recuerdo de la infancia aviva!

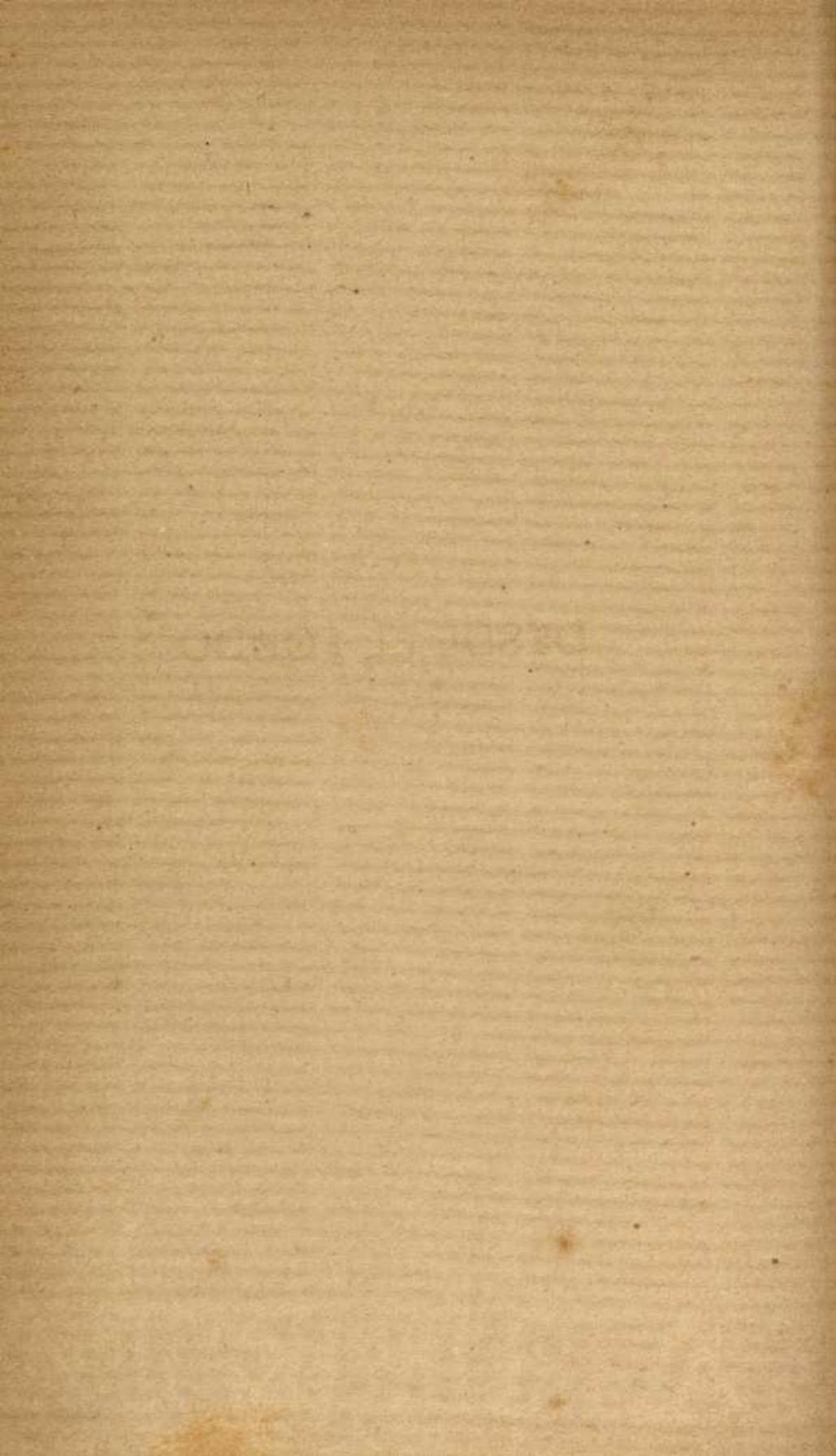
Hoy torno á tí como bajel que al puerto
torna sin velas, el timón perdido,
roto, y sin jarcia y con el casco abierto.

¡Salve, ruinoso hogar, mi hogar querido,
que aun el aroma del ayer perfuma,
como á las breñas el rosal florido!

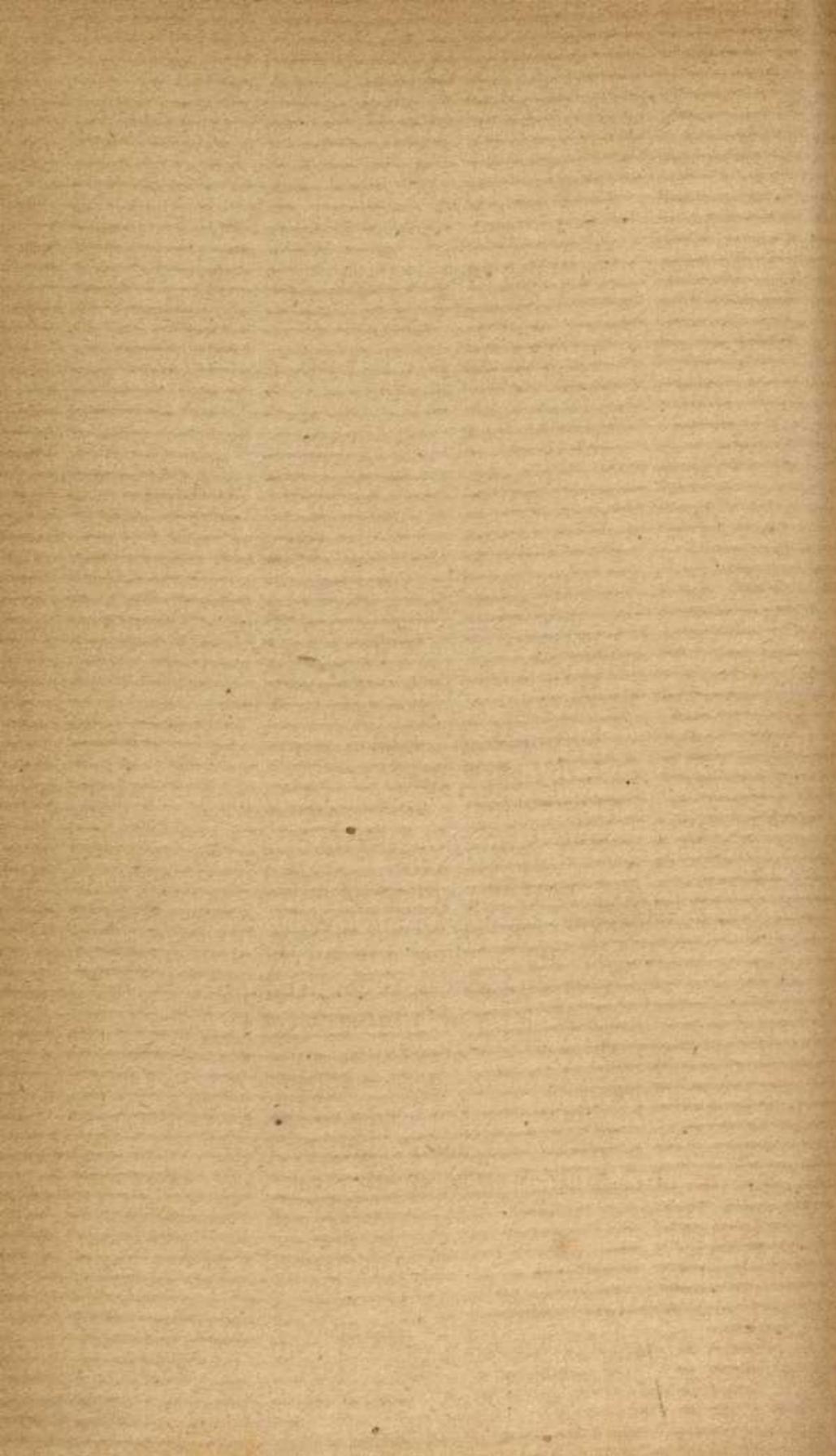
¡Cómo al través de transparente bruma
siempre te recordé!, como un ensueño
que ni aun el tiempo en su labor esfuma.

¡Salve! memoria de mi ayer risueño,
que de ayer con la luz aun iluminas
la negra noche del que fué tu dueño!

¡Salve, tosco nidal de golondrinas!
¡cuán idéntica ha sido nuestra suert !
¡yo en mi pecho, cual tú, llevo la muerte
y cual tú el corazón tengo en ruinas!



DESDE EL FONDO



DESDE EL FONDO

Á JENARO C. GUILLOT.

¿Que por qué cuando dichoso
me cuentas las ilusiones
más bellas, tus confesiones
siempre escucho silencioso?;
porque, si fuera envidioso
tus sueños no envidiaría,
porque duran solo un día
en los cármenes las rosas;
porque yo sé muchas cosas
que tú ignoras todavía.

Porque yo luché en mi senda
cual tú, con ánimo fuerte;
porque también á la suerte
vencer quise en la contienda;
porque yo, cual tú, mi tienda
alcé viril y arrogante
en la cumbre más distante
que vislumbró mi deseo: .
¡cumbre donde Prometeo
gime siempre agonizante!

Remontarse Icaro quiso
al cielo y vestir sus galas,
y el sol destunió sus alas,
y descendió de improviso:
yo, sobre el antro que piso,
voy sintiendo que me anega
el tedio del que no llega
á la cumbre apetecida
y ve en sí reproducida
la hermosa fábula griega.

Tú por fragantes verjeles
y por mares en bonanzas
te duermes entre esperanzas
y presentidos laureles;
aun son los sueños tus fieles
aliados más sinceros;
mas ya estarán los primeros
desencantos en tu ruta,
preparando la cicuta
y afilando los aceros.

Y quizá apures en breve
el cáliz envenenado,
y el corazón desgarrado
sientas á su golpe aleve;
¡mas quién á parar se atreve
el alud ó el torbellino!
¡cómo apartar al destino
de la senda ya trazada!
¡cómo evitar la celada
puesta en medio del camino!

Para qué oponerse en vano
del huracán al empuje?
¡Ay del bajel cuando ruje
el indómito oceano!
¡Ay del nómada africano
si encuentra en los arenales
del simoún las espirales!
¡Ay del viajero perdido,
por la noche sorprendido
en los índicos juncales!

Batalla que no termina,
lid en que el alma se postra,
es un loco quien la arrostra
y en ser vencedor se obstina;
ya en mí la fé no ilumina
el ámbito no alcanzado!
ya tras la fiebre ha llegado
el hastío más profundo;
ya nunca le pido al mundo
lo que el mundo me ha negado.

¿Para qué á la noche obscura
pedir el fulgor del día,
ni á la mudez armonía,
ni razón á la locura;
ni verdad á la impostura,
ni vida á lo que está yerto,
ni certidumbre á lo incierto,
ni á la afrenta que no afrente,
ni quietudes al torrente,
ni fragancias al desierto?

Yo ya me dí por vencido
en mi excéptico desmayo,
¡también si lo hiere el rayo
rueda el roble más erguido!
Ya el gladiador está herido
de muerte, ya en la jornada,
á la certera estocada
ha sentido el alma rota,
y hecha pedazos la cota
y hecha pedazos la espada.

Pronto, tal vez, la experiencia
con sus amargas crueldades
te enseñará las verdades
más rudas de la existencia.
Fé, entusiasmo, inteligencia
corazón y fantasía
son el lábaro que guía
al soñador entre errores.

.
¡Dios quiera que siempre ignores
lo que ignoras todavía!

SONETO

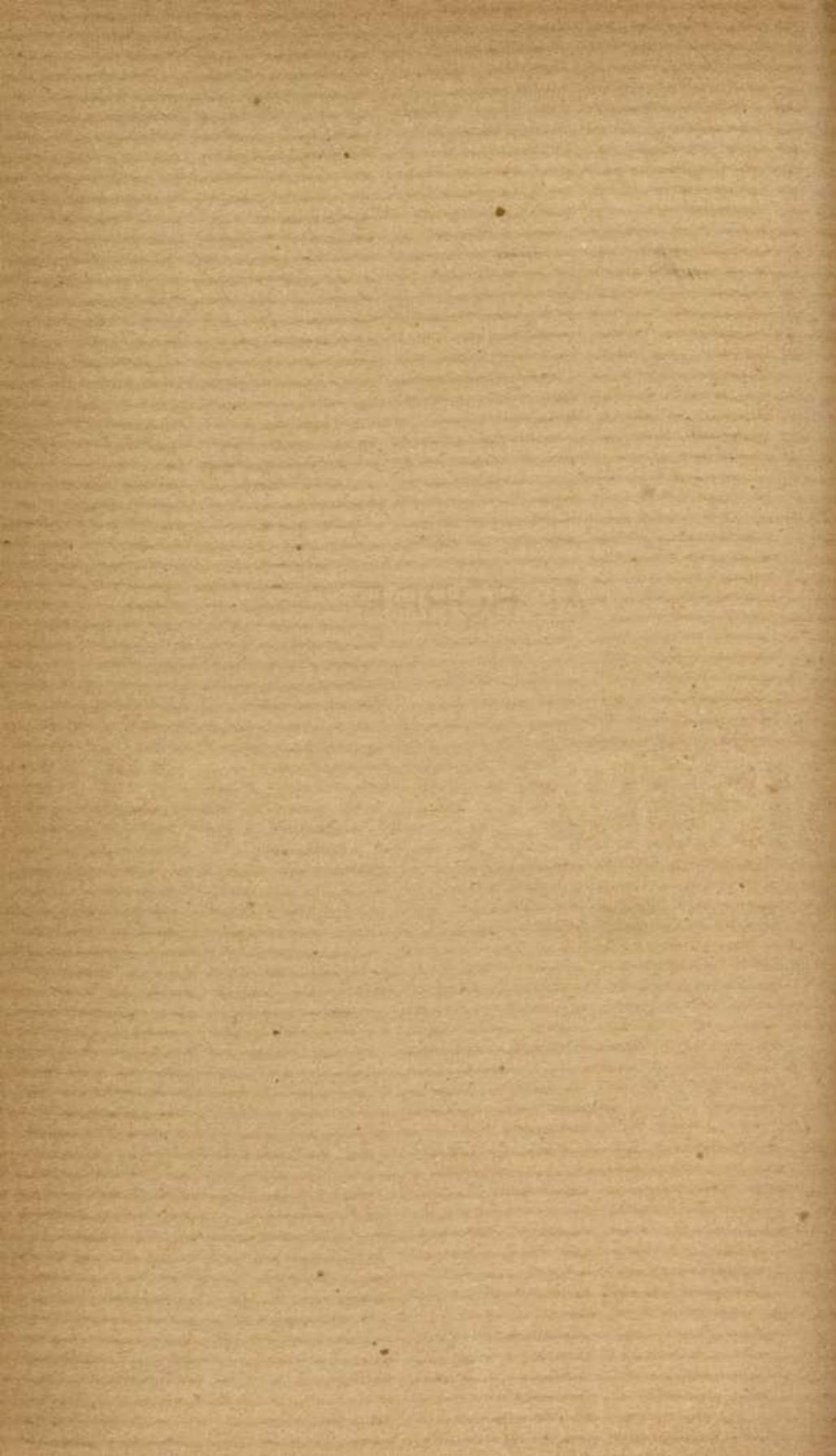
No te quites, mujer, el blanco velo
que tu tez acaricia con su encaje;
¡si se mira al través de albo celaje
más puro y más azul parece el cielo!

Deja lucir sobre tu rubio pelo
la capota de raso y de plumaje,
y á tu cuerpo ceñido el rico traje
y el amplio abrigo azul de terciopelo.

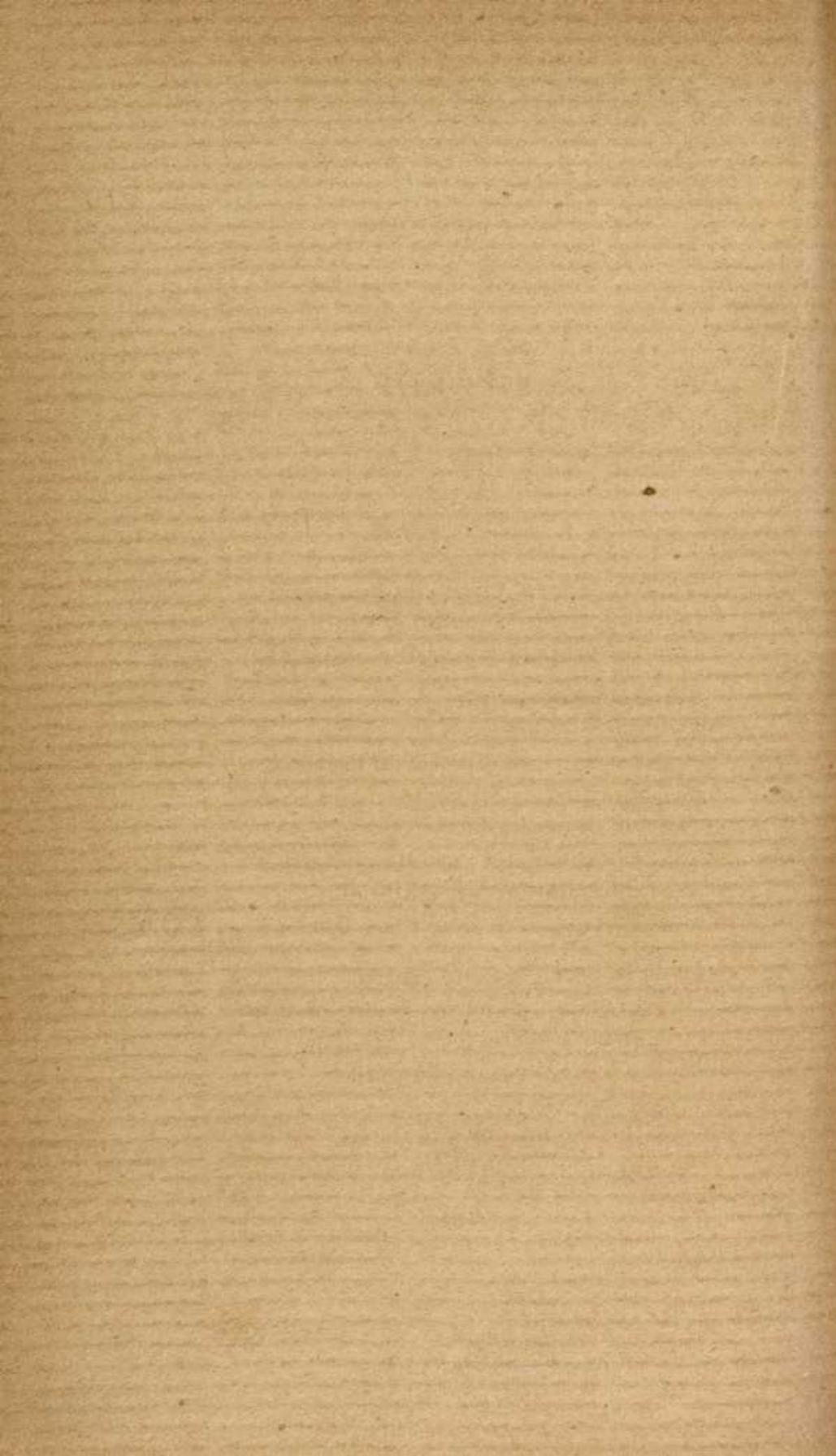
La perla en el estuche es más hermosa
que en el mar, y en el búcaro la rosa
más bella que en el tallo en que florece;

y por índole extraña que me humilla,
yo no adoro la cumbre, si no brilla,
y adoro el lodazal, si resplandece.





AL BORDE



AL BORDE

À FERRARI.

Se arrojó desplomado en la otomana,
¡el dolor embrutece como el vino
y como el golpe del martillo, aplana!

La crisis sobrevino
terrible y silenciosa,
como el pesar que el corazón le hería,
y en larga procesión vertiginosa
cruzaron su exaltada fantasía
todas las dichas del perdido encanto,
tras sí dejando borrascosa huella
de ira y de celos, de sonrojo y llanto.

Leyó la carta infame tantas veces
cual lágrimas hirvientes vertió en ella;
apuró sorbo á sorbo hasta las heces
el tósigo mortal como el suicida;
con su mano crispada
ahonda más y más la puñalada,
por la que siente que se va su vida.

La carta así decía

«Me has vencido:

»ya mi pecho en amores encendido
 »late sólo por tí; tu amor ardiente
 »logró volverme loca,
 »y hoy ya la misma sed siente mi boca
 »que esa que dices que tu boca siente.
 »¡Sed que por ver saciada
 »voy por la vez primera
 »á manchar mi conciencia inmaculada,
 »que es tuya, por mi mal, ya toda entera;
 »á ver un corazón antes amado
 »romperse del dolor al recio embate,
 »y de oprobio á cubrir un nombre honrado;
 »ya mi delirio á mi razón abate;
 »ya inútilmente mi deber me grita
 »que es preciso triunfar en el combate;
 »ya un impulso fatal me precipita
 »al abismo profundo que me espera
 »donde al decoro la pasión inmola
 »¡mas quién impide á la rugiente ola
 »que, llegue á la ribera,
 »más tentadora mientras más lejana!

.
 »Ven, que quiere en tus brazos un instante
 »verter su llanto la mujer liviana,
 »ocultar sus congojas delirante
 »de tus caricias al infame abrigo;
 »sí, ven, para que venza
 »esta horrible inquietud que no mitigo;

»ven, que quiero contigo
»morirme de placer y de vergüenza».

Mientras más y más veces la leía,
más terrible el dolor, más sordo y lento,
su sér estremecía.
¡Qué hice yo, murmuró con ronco acento;
para ver como miro en un momento
hundirse en fango mi ilusión más grata;
la mujer que juzgué más amorosa,
de todas las que ví, la más hermosa,
de todas las que amé, la más ingrata!

¡Y qué hacer! Según este
papel que á mi poder trajo el acaso,
pronto la diosa manchará su veste.
En mi cerebro, de razón escaso,
se agiganta febril la incertidumbre.

.....
Si al hombre que me ha herido
arrojo, tinto en sangre, de la cumbre
del amor que robarne ha conseguido,
haciendo vil al desgarrar sus alas
y marchitar sus galas
del ángel redentor ángel caído,
¡claro el estigma en la nublada frente
verá lucir la sociedad entera!

.....
Si me opongo á su infamia rudamente
¡qué le importa al torrente
á su paso encontrar la cordillera!

Si anego con mi sangre la infinita
amargura del pecho desgarrado
¡hará ya libre lo que hacer medita!

.....
Sólo un medio me queda, ir á su lado,
evocar las promesas olvidadas,
mostrarle el antro donde hierve el lodo,
y si es inútil todo,
¡partirle el corazón á puñaladas!

II

Aun no estaba dormida;
buscaba en vano conciliar el sueño
—oasis de la vida—
cuando en la estancia penetró su dueño,
que, pálido, convulso, estremecido
por la ira y la pena,
con voz de roncas vibraciones llena
—aborto del sollozo y del rugido—
la dijo, reclinándose en el lecho
donde la hermosa, sin dormir, yacía:
—Vengo á contarte lo que el alma mía
ya no puede ocultar dentro del pecho.
Escúchame y no llores ni te alteres:
ya sé que va á rodar al precipicio
la más bella y gentil de las mujeres; •
ya sé que del amor al maleficio
ante mis ojos vacilar contemplo
la imagen que al honor rindió tributo;
que va á vestir mi corazón de luto
y á convertir en lupanar el templo.

Mas antes que sucumba, yo, delante
del abismo, quisiera
detener en el borde al caminante.

.

Yo aun te adoro, mujer, la compañera
que soñé por el cielo destinada
á endulzar mis dolores
con sus besos de amor en mi jornada,
y mis abrojos á trocar en flores,
y con su luz á iluminar mi cielo,
y á amarme siempre como yo la amo...
¿Por qué sumirme en tan profundo duelo?
¿por qué la alondra remontar el vuelo
quiere distante de su fiel reclamo?
¿por qué, torpe, dejar pretende el nido
huérfano de calor y de esperanzas
en bochornosa obscuridad sumido?
¿qué te hice yo, mujer? ¿por qué me lanzas
ó pretendes lanzarme al más profundo
abismo que á mi paso
pude encontrar al recorrer el mundo?
Tú, en cuya frente de marfil un día,
con el beso primero,
puse toda la fé del alma mía;
tú, la que un tiempo ya por ti olvidado
me adormiste al arrullo enamorado
del amor que en tu faz me sonreía,
dime, por qué has borrado
ó pretendes borrar en un momento
todas las dichas que por ti he soñado?

Yo aun te adoro, mujer; aun es tu aliento
el hálito que inflama
mi cerebro y mi espíritu y mis venas;
tú la que amante el corazón reclama.
Quebranta esas cadenas
conque la tentación tu alma aprisiona
por tus placeres convertir en penas;
juntos huiremos á distante zona;
yo curaré tu corazón herido...
corre la fuente al mar; como la fuente,
sin cesar el amor corre al olvido;
no existe nada que en el mundo aliente
que no encuentre su fin; todo termina;
nada al mandato universal resiste:
ni la luz á la sombra que la viste,
ni la sombra á la luz que la ilumina.

Huiremos de la pérfida emboscada
hasta que, ya olvidada
de esa torpe pasión porque enloqueces,
puedas mirarme sin sentir sonrojos
y yo pueda feliz, como otras veces,
besar amante tus azules ojos,
sin pensar al besarlos que por ellos
pueda otra imagen resbalar impura,
robándome traidora sus destellos.

Con inmensa amargura
la hermosa, sollozante:
—¡Perdóname!— gimió con voz que era
su salvación en tan supremo instante.
No es preciso que huyamos; la frontera

he de hallar, de este amor, donde ha nacido;
ya el sol de mi deber, casi extinguido,
más puro y más radiante reverbera
de tu voz al influjo en mi sendero;
ya con el alma, de llorar cansada,
triste y contrita tu perdón espero.

.
¡Oh, mujer siempre amada,
cuán bien cubres de flores la celada!
¡cuán bien ocultas el cobarde acero
cuando vas á asestar la puñalada!

NAUFRAGIO

SONETO

Á ENRIQUE RÍVAS CASALÁ.

Va declinando el sol; la gaviota
roza fugaz con la nevada pluma
del mar que encrespa el huracán, la espuma,
buscando el nido en la restinga ignota.

Hacia la playa, por su mal remota,
mirá el marino á quien la lid abruma,
y al fin entre las olas y la bruma
se hunde vencido con su nave rota.

.....
Pasan las horas y la luz renace;
la niebla en los espacios se deshace,
el mar reposa de luchar rëndido;

y en la onda tranquila que lo mece,
el cadáver del náufrago parece
sobre una hamaca de cristal dormido.

DIVAGACIONES

DIVAGACIONES

Á UNA HERMOSA MÍSTICA.

Que si es verdad que no creo
en nada absolutamente?
Pues, bien; no soy un creyente,
pero tampoco un ateo.
Es buscar, por lo que veo,
la verdad un desatino,
y por eso en mi camino
ya sólo en hallar me afitano,
lo que á la vez que es humano
puede, cual tú, ser divino.

Tú en tus dulces oraciones
rindes á Dios vasallaje;
yo sólo rindo homenaje
á lo bello en mis canciones;
de buscar inspiraciones
en otras fuentes desisto,
pues yo al Arte siempre he visto
llevar, sin pena ni agravio,
ya la púrpura de Octavio,
ya la túnica de Cristo.

La belleza es una sola,
¡sol que eterno resplandece
y á cuya luz palidece
la más fúlgida aureola!
¡mar que baña con su ola,
las más distintas arenas!
¡diosa que consagra, apenas
los llega á ungir con su mano,
los lienzos del Vaticano
y los mármoles de Atenas!

De la belleza ante el trono,
ante el nimbo conque brilla,
doblo siempre la rodilla
y mis cánticos entono;
allí, con lo que ambiciono,
con la meta no alcanzada,
sueña el alma enamorada,
y allí, de ansiedades lleno,
libo el néctar ó el veneno,
pero en copa cincelada.

Tú, aunque de distinto modo,
en lo que pienso coincides;
pero tú tan solo mides
lo bueno, que no es el todo:
yo, como tú, no amo el lodo
si no lo irisa un destello;
tú adoras, como yo, aquello
que en ti engendra más encanto;
tú amas á Dios, porque es santo
y yo amo á Dios, porque es bello.

Que mi obstinación te bastía?
que tienes celos crueles
de los soñados laureles
que ambiciona el alma mía?
Yo celos nunca tendría
de pasión tan ilusoria:
de nuestro amor en la historia
no debemos sentir celos;
ni yo, por ti, de los cielos,
ni tú, por mí, de la gloria.

Vuelve así, pues, á mi lado,
tú la que mi canto inspira;
más bella que tú es mentira
que nadie la haya soñado;
tu hermosura encadenado
á su yugo me sujeta;
tú y la gloria sois la meta
que anhela ver á su planta,
cuando te besa y te canta
ebrio de orgullo el poeta.

Que lo más bello es el rito
de la religión que adoras?
¡más bellas son las auroras
radiantes del infinito!
Mientras más y más medito
más frente á ti me coloco;
sigamos, pues, loca y loco,
ostentando como enseñas,
tú, los cielos conque sueñas,
y yo, la gloria que invoco.

* * *

Á ANTONIO RAPELA.

Inmóvil como una estatua,
destrenzados los cabellos
sobre los ebúrneos hombros,
en largos bucles de ébano;
pálido el noble semblante
de fino perfil hebreo;
lánguidamente entornados
los ojos grandes y negros;
fresca y lasciva la boca
—flor que enrojece el deseo;—
la tez blanca y satinada
cual los arrasados pétalos
de las mas nítidas flores;
arrolladas sobre el seno
las gasas y los encajes
transparentes de su peto;
envuelta en flexibles telas
que marcaban de su cuerpo
los contornos; reclinada

con vago adormecimiento,
sobre los blandos cogines
de un mueble de raso y cedro...
Así la halló al penetrar
un hombre en el aposento.

*
* *

Este, en su frente arrogante
y torva, llevaba impreso
el hondo surco que labran
la ira, el amor y los celos.
Holló la morisca alfombra
y avanzó con paso incierto,
hasta tocar con su mano
á la bella, y con acento
ronco y rugiente, la dijo:
—Ya sé tu traición, y vengo,
mujer, á darte la muerte
y á darte el último beso.

Sonrió la dama hermosa,
y apartando con sus dedos
de alabastro, de su frente
los rizos de sus cabellos,
clavó en el hombre los ojos
sin ternuras y sin miedos,
y con voz queda y suave
—más que voz débil gorjeo—
le dijo:—Razón te sobra,
y que me mates espero!
mas no me beses si quieres
no vacilar al hacerlo.

—No vacilaré, no temas;
respondió el hombre. . . .
. El silencio
del perfumado recinto
un instante turbó el eco
de un ósculo.
. Lentamente,
sus argentados reflejos
la melancólica luna
derramó en el aposento,
y vió á la hermosa dormida,
y vió dormido á su dueño,
y vió brillar en la alfombra
tendida al lado del lecho,
la daga más esplendente
la de más fúlgido acero,
la más bella y más inútil
que se ha forjado en Toledo,

¡ADELANTE!

Que corro el riesgo de morir si, ageno
á lo que ordena la razón, consigo
apagar esta sed que no mitigo
en la copa de nácar de tu seno?

¡Qué me importa morir si antes el freno
roto, ya del deber, en ti hallo abrigo!
¡qué me importa morir si á igual castigo
si me impongo olvidarte me condeno!

Para mí es el peligro un acicate
que me empuja á la lid, y en el combate
á retar á la muerte sin temores.

¡Yo siempre adoro más, pues son más bellas,
en los tules más negros las estrellas
y en las cumbres más áridas las flores!

INTIMIDADES

INTIMIDADES

Á MI HERMANO LEOPOLDO

En vano es que intentes
que deje la senda
por donde camino,
ya exhausto de fuerzas,
doliente y febril,
clavados los ojos
en otro horizonte,
al pié de las cumbres
divinas á donde,
sediento de gloria,
quisiera subir.

Tu esfuerzo es inútil,
me llamas en vano;
tu voz á mí llega
cual un eco errático
de amante canción
que apenas consigue
sonar en mi oído...

mas grítame siempre,
que al menos consigo
no hallarme tan solo
si escucho tu voz.

Yo soy algo extraño;
yo siento en la mente
las mismas borrascas,
los mismos vaivenes
que agitan el mar;
y á veces, por olas
hirvientes envuelto,
se eleva orgulloso
mi audaz pensamiento,
la tierra que habita
dejándose atrás.

La vida nerviosa
tan solo es mi vida;
su efímero aliento
le presta energías
y fé al corazón,
y al par que desgasta
sus fuerzas vitales,
le arrulla y le dicta
los tristes cantares
que logran á veces
dormir al dolor.

Mi musa es la pena
que llevo conmigo;
yo soy el poeta

que cruza el camino
cantando su mal;
por eso tan roncós
mis cantos resuenan,
por eso cual ayes
profundos se lleva,
los gritos del alma
mi incierto cantar.

Y cuando del mundo
le ley que nos rige,
que sufra y combata
cual todos, me pide,
me siento morir:
la lucha mezquina
que el hombre sostiene,
me aturde y me enerva,
me atrofia y me impele,
cual átomo extraño,
distante de sí.

Yo soy en la tierra
que habito extranjero
que sigue su ruta
nostálgico y lleno
de extraña ansiedad.
Tú buscas los valles
más ricos que esmaltan
las flores, yo busco
las cumbres más altas,
que, audaz y ambicioso,
pretendo escalar.

Así, pues, hermano
tan solo te pido,
que si desde el fondo
del valle tranquilo
que habitas, me ves
rodar despeñado,
ya exánime y yerto,
cual pájaro herido
que abate su vuelo,
¡me tiendas los brazos
al verme caer!

¿POR QUÉ?

Astro el más resplandeciente
y el de más dulce destello;
rosa del rosal más bello
de los jardines de Oriente;
la más cristalina fuente
que divisó el peregrino;
alborada que el destino
fingió en mi noche sombría;
Gólgota del alma mía,
¿por qué te hallé en mi camino?

Por qué tu ardiente mirada
me anegó en su viva lumbré?
por qué descendió la cumbre
hasta la síma ignorada?
por qué la flor perfumada
aromó el breñal sombrío?
por qué su fresco rocío
vertió en la noche la aurora?
por qué la fuente sonora
besó el torrente bravío?

Sus galas primaverales
¿por qué Dios habrá otorgado
al árbol envenenado
de las selvas tropicales,
á los secos arenales
el engañoso espejismo,
al par que su magnetismo
la ponzoña á la serpiente,
su transparencia al torrente
y su atracción al abismo?

¿Por qué si al amor agena
en tu sér tu alma dormía,
amante arrulló á la mía
con sus cantos de sirena?
¿por qué, de crueldades llena,
al mirarme adormecido,
clavas en mi pecho, herido
ya por mil y mil dolores,
el aguijón entre flores
pérfidamente escondido?

.
Alma cobarde y traidora,
corazón que nunca ama,
mente que nunca se inflama,
conciencia que nunca llora;
mujer que sólo atesora,
por infame anomalía,
en la faz la luz del día
y las sombras en el seno

¡gentil ídolo de cieno
cubierto de pedrería!

Adiós, esperanza yerta
de una ilusión ya remota;
adiós, imagen ya rota
de una religión ya muerta;
adiós, ara ya desierta;
adiós, ya sólo ambiciono,
que igual dolor que aprisiono
tu corazón aprisione,
y que Dios no te perdone
como yo no te perdono.

EN LA TABERNA

EN LA TABERNA

Á PEPE HERRERO.

Con la mirada inconsciente,
con la contracción eterna
del dolor sobre la frente,
y en actitud indolente,
le hallé, al fin, en la taberna.

Y le dije: —Así te humillas
y doblas como un beodo
ante el vicio las rodillas:
¡la aureola conque brillas
estás hundiendo en el lodo!

Tú, el que con altivo vuelo
se elevó por las más puras
inmensidades del cielo,
¡arrastrando por el suelo
las sacras investiduras!

Tú, dejando, temerario,
por infamantes burdeles,
el mágico santuario,

¡tú, en este vil escenario
marchitando tus laureles!

—¡Laureles! Todo es mentira,
todo es falso—me repuso
con voz vibrante de ira;
el que á ganarlos aspira
noblemente, es un iluso.

¡Laureles! vana quimera:
yo también en mi delirio
los perseguí por doquiera,
antes que ceñido hubiera
la corona del martirio.

¡Gloria! luz siempre remota
que ya en buscar no me afano;
¡la realidad que me azota,
la lira que amé, ya rota,
hizo saltar de mi mano!

—Al menos, dime sincero
por qué así tiras la dote
que en riquísimo venero
Dios puso en tí; saber quiero
por qué adjuró el sacerdote.

Cuando el alud que se eleva
en la cumbre, abajo viene,
para que roto se mueva,
preciso es que se conmueva
la base que lo sostiene.

Cuando el que en la gloria quiso
conquistar la excelsa palma,
rueda al fondo de improviso,
que antes le hiera es preciso
una catástrofe el alma.

Y me gritó:—Gota á gota
logra el agua la más dura
pedra hendir, si no se agota;
y el alma, si en ella brota,
lo mismo, la desventura.

No un dolor ha conseguido
que inmole así lo que inmolo;
son muchos los que he sentido
juntarse como en un nido
para formar uno solo;

y como ya con el peso
no puedo de la montaña
que me agobia con exceso;
busqué un amigo por eso,
y lo encontré, y me acompaña.

¡Y si vieras con qué tino,
y con qué nobleza suma,
la hidalga copa de vino,
me dá fuerza en el camino
cuando el cansancio me abrumba!

¡Si vieses con cuánto empeño
llena mi sangre de antojos,
y me hace ver como un sueño,

el más brillante y risueño
porvenir ante mis ojos!

Entonces comprenderías
por qué, falto de enterezas,
vengo aquí todos los días,
á cambiar por alegrías
mis perdurables tristezas.

.
.

Como á un náufrago aferrado,
del mar sobre el precipicio,
á un madero, abandonado
dejé aquel desesperado
entre las olas del vicio;

Y hoy de mi existencia ingrata
en la perenne agonía
la envidia en mí se desata,
¡y si no bebo, me mata
mi eterna melancolía!

LA MAÑANA

SONETO

AL DOCTOR THEBUSSEM.

Entona el ave su canción sonora,
pierden los montes su matiz sombrío
y en su argentada superficie, el río
copia la luz de la expirante aurora.

Resurge el sol, y deslumbrante dora
la campiña feraz y el bosque umbrío;
y la flor, á los besos del rocío,
derrama los perfumes que atesora.

Se coronan de fuego los alcores,
con alfombras de múltiples colores
se engalana la tierra adormecida;

Incéndiase la nube en el Oriente,
y resuena en las ondas del ambiente
el himno victorioso de la vida.

¿DONDE VAS?

Dónde vas, nivea paloma?
dónde diriges tu vuelo?

.

Pliega las nítidas alas
y no turbes el siniestro
reposo del antro triste,
donde devoro en silencio
mis cansancios y mis lágrimas,
con tus blandos aleteos.

Tú al tender tus blancas alas
en mis horizontes negros,
que solo alumbra el relámpago
con sus lívidos reflejos,
haces surgir en mi espíritu,
en mi mente y en mi pecho,
ambiciones y esperanzas,
y calenturas y vértigos.

No abras tu broche en mi senda,
flor de los jardines béticos,
virgen de luz y alabastro,
la de las crenchas de ébano,
la de ojos centellantes,
blanca tez y talle esbelto;
no intentes al vagabundo
seguir en su derrotero.

Apártate de mi senda...
¡Ay de la nube de incienso
si la envuelve entre sus ráfagas
la tempestad! ¡Ay del terso
arroyo, si en su camino
su cristal enturbia el cieno!
¡Ay de tí, mi virgen pálida,
si estampo en tu boca un beso!

Apártate de mi senda;
apártate, que yo llevo
el germen envenerado
del dolor, y voy sin freno
siempre en pos de lo imposible,
como va por el desierto,
en pos de la limpia fuente,
que hallar no logra, el sediento.

Apártate de mi senda
si no quieres que del templo
cruce el pórtico glorioso
y arroje del trono excelso
la imagen, y entre mis brazos

desgarre el cándido velo
y mancille tus purezas
con mis caricias de fuego.

Ardiente hervor de la sangre
juvenil; amante y pérfido
espejismo de la mente;
loca obsesión del deseo
es no más lo que te impulsa
á sucumbir, y no quiero
que comiences la jornada
sin saber cuál es su término.

Al final de este camino
tan sólo encuentra el viajero,
tras la fiebre, la atonía,
la realidad tras el sueño,
la sombra tras la alborada,
tras el néctar el veneno,
y tras la rosa la espina,
y tras la gloria el infierno.

.

Así, pues, blanca y amante
paloma, detén tu vuelo,
y no turbes mi existencia
con tus blandos aleteos;
nítida estrella de plata
no me brindes tus destellos;
no abras tu broche en mi senda,
flor de los jardines béticos,

Á LA VEJEZ

SONETO

Ya empiezo á columbrarte en lontananza;
ya empiezo á percibir tu aliento helado,
y al ver cómo te acercas, aterrado,
un grito, el corazón, de angustia, lanza,

Ya se lleva, fugaz cual la esperanza,
mi ardiente juventud el tiempo alado,
y en la lid ya en derrota hacia tu lado,
ansioso, el cuerpo, de quietud, avanza.

Mas el alma y la mente se rebelan
contra el cuerpo que cede, y se desvelan
por mantener el pabellón que aun flota.

Detente, ancianidad, que yo profiero
la muerte á la vejez, y morir quiero
al libar del placer la última gota.

EN EN DINTEL

Á FEDERICO MOJA Y BOLIVAR.

Murió un día un potentado,
según todos, un dechado
de imperfecciones humanas;
mas no obstante, como es uso
en tal caso, se dispuso
que doblasen las campanas.

El espíritu del muerto,
de la Gloria el rumbo cierto
tomó, al sentir en su oído,
como cántica harmoniosa,
ó plegaria fervorosa,
el persistente tañido.

—Así avisan mi llegada
á la mansión conquistada
por mi esplendidez notoria,
en mi angustia postrimera;—
dijo—y sin duda me espera
Dios para darme la gloria.



Llegó, y según me han contado,
pronto miró, conturbado,
tan grata ilusión perdida:
nadie le daba en la puerta,
muda, cerrada y desierta,
del cielo, la bienvenida.

Diz que desde entonces llora
aquel alma pecadora
en el pórtico en que vela,
pidiendo con ronco grito
que le abran del infinito
la misteriosa cancela.

.

Por mucho que alee su vuelo
no es fácil que llegue al cielo
la voz de los santuarios:
desde zonas tan lejanas,
¡ni se escuchan las campanas!
¡ni se ven los campanarios!

CARTA Á UN POETA

CARTA Á UN POETA

Hoy te escribo esta carta, noble amigo,
en una de esas horas en que piensa
la mente que la vida es un castigo;

Hora de insomnio y pesadumbre inmensa,
en que el propio dolor nos causa tedio
y el ageno placer nos causa ofensa;

Hora en que pone al pensamiento asedio,
la única solución que nos ofrece,
la ruda adversidad, como remedio;

Hora que todo un siglo me parece,
hora que el templo de mi fé destruye,
y en su noche infinita me envejece;

Hora de donde la tristeza fluye
cual tétrico raudal de negras ondas,
que jamás su corriente disminuye.

Tú, bardo amigo, que la dicha sondas,
y cantas en tu ruta como canta
feliz el ave entre las verdes frondas;

Tú, que el antro jamás ves á tu planta,
tú, que jamás la envenenada queja
has sentido brotar de tu garganta:

Un instante no más óyeme, y deja
venir tu pensamiento á lo más hondo
del hondo desconsuelo que me aqueja.

Ven á la sima en cuyo negro fondo,
dentro del alma, como en vasto seno
de cripta obscura, mi dolor escondo;

Ven, tú, que noble y de cariño lleno,
me has hecho ver que aun la amistad existe
y aun quien deplora el batallar ageno;

Ven, y dime sincero en qué consiste
esta intensa y tenaz melancolía
que apenas ya mi corazón resiste;

Que hace imposible la existencia mía,
que huella sin cesar en mi camino
la purísima flor de la alegría.

¿Por qué envuelto en su ronco torbellino
mientras vibra un dolor, otro parece
que genera en su fondo mi destino?

Por qué siempre sufrir? es que merece
mi espíritu más largo sufrimiento
que la fortuna á los demás ofrece?

Por qué no soy dichoso ni un momento?
por qué no amo lo que el mundo ama
ó él no siente lo mismo que yo siento?

Quién su ponzoña en mí siempre derrama?
quién de un crimen que nunca he cometido
la pena injusta para mí reclama?

Para siempre luchar, por qué he nacido?
¿por qué Dios, si es tan grande y justiciero,
si no ha engendrado el mal, lo ha consentido?

¿Por qué puso en mi alma este venero
de ansias de gloria que perenne late?
¡sed infinita que saciar no espero!

Pero no... que del mundo en el combate
esta ambición sin límite es mi espada,
mi escudo, mi corcel y mi acicate;

Ella aliento me presta en la jornada,
por ella el Arte sin cesar me envía
el ritmo sacro de su voz amada.

Voz que besa inefable al alma mía,
y á cuyo eco arrullador concilio
un punto el sueño que mi sér ansia;

Voz que me presta generoso auxilio
y aletarga el pesar. ¡Ay, cuántas horas
de angustia y llantos endulzó *Un Idilio!*

¡Cuántas olas de luz deslumbradoras
se han sucedido desde el vate ciego
hasta el vate inmortal de las *Doloras!*

Desde el indio cantor y el cantor griego,
hasta el poeta que dejó en *Dolores*
su amante y roto corazón de fuego.

Eterno el Arte con sus ricas flores,
del polvo miserable nos redime,
la vida al aromar con sus olores.

Búcaro es refulgente donde exprime
en raudales su esencia luminosa,
el alma bajo el peso que la oprime.

¡Purísima visión esplendorosa,
que plácida ilumina, cual la estrella
y perfuma fragante, cual la rosa!

¡Que deja en pos como celeste huella,
la nostalgia febril de oculto cielo
que el hombre logra adivinar por ella!

Que esparce en torno celestial consuelo
y hace un punto feliz al desgraciado,
si ante él suspende el misterioso vuelo!

¡

Mas basta de gemir, que ya han pasado
el insomnio y la noche, y ya me envía
la mañana su aliento perfumado;

Que ya resurge por Oriente el día,
y su brillante pabellón ondea
en el éter vibrante de armonía:

Ya del cielo la luz se enseñoera,
y por doquier su resplandor derrama;
y ya otra vez la realidad me llama,
¡y es preciso volver á la pelea!

NIEVE EN ESTÍO

SONETO

Cual la ola en espumas se desata,
sobre las curvas de tu ebúrneo cuello
se desata gentil de tu cabello
la undosa crencha de brillante plata.

La vejez su blancura no delata,
ni es del dolor en tu cabeza el sello,
pues tu semblante juvenil y bello
sólo el placer y la quietud retrata.

Contraste embriagador que me enamora:
copian tus ojos la naciente aurora,
y un paisaje invernal tu cabellera;

y ver tan esplendente anomalía,
es ver la nieve, al resplandor del día,
sobre un campo andaluz en primavera.

. . .

Embriagado de amor y de tristeza,
incliné sobre el pecho la cabeza
y me alejé, sumiso á tu mandato,
llevando, cual reliquia y cual tesoro,
el rizo de hebras de oro
que corté de tus bucles, tu retrato,
que me entregaste de pasión ya loca,
y el lazo grana, al canesú prendido,
que arranqué enloquecido
de tu mórbido seno con mi boca.

Ocultando mis llantos y mis celos
en el fondo del alma dolorida,
por mirar otra vez á tu partida
tus ojos más azules que los cielos,
de tu casa alrededor vagué indeciso,
cual solo y desterrado Adán hubiera
vagado por su amante compañera
en el mismo dintel del Paraiso.

.

Un coche se detuvo ante tu puerta;
la brillante cancela miré abierta....
envuelta en rico traje
subiste al carruaje....
volviste para verme la cabeza;
me miraste con ansia y con tristeza,
y para siempre ya te ví perderte
rápida en lontananza,
llevándote contigo mi esperanza
de ser feliz y de volver á verte.

.....

Poco tiempo, muy poco, ha transcurrido,
y ¡oh miserable condición la mía!
ya mis tristezas mitigó el olvido;
y ya tan sólo te recuerdo el día,
en que al mirarla evoca,
un eco vago del placer distante,
la cinta grana que arranqué triunfante
de tu nítido seno con mi boca.

A LA POESÍA

Á C. FERNANDEZ SHAW.

En tu seno viví desde la infancia;
desde la infancia, en tu amoroso seno,
de indefinibles ansiedades lleno,
respiré tu purísima fragancia.

Siempre encuentro refugio entre tus brazos
cuando mi sér la tempestad azota,
y el alma gime y la razón se embota,
y se hace el débil corazón pedazos.

Siempre me brindas divina consuelo,
y arrojas al dolor del alma mía,
cual con su luz al renacer el día
la densa sombra que entristece el cielo.

Tú eres la sacra y escondida fuente
donde ansioso al beber hallo la calma;
el único fulgor que alumbra el alma
y el aura conque Dios besa mi frente.

En mis horas de amargo desaliento,
en mis noches de insomnio y calentura,
cual celeste visión, tu imágen pura
desciende á mi enlutado pensamiento,

Y de la inspiración feliz cautivo
á la región de lo inmortal me lanzas,
y me vuelves henchido de esperanzas
al mundo miserable donde vivo.

Me haces ver al través de tus colores
la realidad de idealidad vestida,
en donde está la muerte ver la vida,
y donde los abrojos ver las flores,

Y cuando roto tu inefable encanto
y la loca ficción que me enajena,
todo mi gozo se convierte en pena,
toda mi risa se convierte en llanto;

Cuando, ingrato y rebelde, te maldigo,
tornas á mí otra vez, y generosa
me alzas de nuevo hasta la patria hermosa
de la belleza y de la luz, contigo.

Tú eres mi noble y refulgente egida,
alredor ó en mi sér tu sér alienta,
y á mis ojos tu imágen se presenta
con todos los disfraces de la vida.

Doquier te busco y por doquier te encuentro
como glorioso impenetrable arcano,
y me pregunto sin cesar y en vano
si es que te sigo ó si te llevo dentro,

No sé si vives en el alma mía;
sólo sé que tu amor en la contienda
me hace seguir por la escabrosa senda
por donde sin tu amor no seguiría.

ES TARDE

SONETO

Deja dormir el corazón herido
por tu perfidia y tu traición cobarde;
ante el ara desierta, ya no arde
la intensa llama que apagó el olvido.

Ya tu recuerdo en el ayer se ha hundido,
y para amarte cual te amé ya es tarde,
pues ya de tu hermosura el loco alarde
no turba en nada al corazón dormido.

Ya sereno, glacial, indiferente,
tus contornos de mármol esplendente,
y los hechizos de tu faz contemplo;

Ya mi orgullo venció á la pasión mía,
y como Cristo al mercader un día
ya á latigazos te arrojó del templo.

EN LA BACANAL

Aquí brilla del vicio la aureola;
aquí la hirviente ola
de la sangre febril llegar se siente
al cerebro encendido,
con el rápido empuje del torrente;
aquí agota un placer cada latido;
aquí el abismo se convierte en cima;
aquí lo absurdo y lo brutal se rima,
y la conciencia se aletarga ó muere;
aquí el infortunado encuentra asilo;
aquí la adversidad embota el filo
del cuchillo fatal con que nos hiere.

Así, pues, ven á mí, la que levanta
la tersa copa de espumante vino,
la de nivea garganta
y busto alabastrino
que el peto hecho girones ya no escuda;
la que luce procaz y delirante,
la efigie juvenil casi desnuda;
la que vierte en el pecho palpitante

el áureo vino en actitud liviana;
la que ondula gallarda sus turgencias,
copiando las cadencias
de una erótica danza pompeyana.

Ven conmigo un instante,
ven y arrulla mi sér con los placeres
conque al hombre electriza la bacante;
tú, que el olvido del pesar sugieres;
tú, la Venus pagana que adivina
y copia en su amoroso paroxismo,
el dulce magnetismo,
la torpe liviandad de Mesalina,
ven y en mi labio escancia,
á la vez que la cálida fragancia
de tu inflamado aliento,
el licor que en la copa centellea
cual topacio de vívidos fulgores;
ven y dame á beber vinos y amores,
vinos y amores que beber desea
mi labio hasta apurar la última gota;
ven conmigo, mujer, y hazme que vaya
á visitar la playa
que nunca el viento del dolor azota.

.
.

Ya el deleite pasó vertiginoso,
deleite que al pasar sólo ha dejado
un recuerdo angustioso.
¡Cuándo el viajero dormirá dichoso
cabe las olas del placer soñado!

¡BURLADO!

Á MR. THOMÁS RUIZ GEARY.

Iba á sucumbir; veía
á la Muerte, que en acecho
rondaba, muda y sombría,
mi silenciosa agonía
alrededor de mi lecho.

La contemplé sonriente,
y al verme tan sosegado
frunció iracunda la frente;
entonces yo, dulcemente,
la hice sentar á mi lado.

Y con voz lenta y sentida
al par que su helado aliento
me iba robando la vida,
le dije:—Estás ofendida
sin razón ni fundamento.

Si no me desplomo inerte
al hallarte en mi presencia
es porque ya ansiaba verte;

sólo se teme á la muerte
cuando se ama la existencia.

Y amar no puede el acero
que una mano temeraria
asesta en él el guerrero
;como amar puede el venero
de sus tristezas el paria!

Así, pues, no me abandones,
y haz que extingan de repente
la sangre sus pulsaciones,
y el alma sus rebeliones,
y sus delirios la mente.

—Yo quisiera darte ayuda
en la ansiedad que te apena,
pero tu dolor te escuda—
me respondió;—Dios sin duda
aun á vivir te condena.

Aun reposar no te toca,
y hace mal quien me reclama
y me ruega y me provoca:
;yo no acudo á quien me invoca!
;yo acudo á quien no me llama!

—No niegues la luz al ciego,
—le grité desesperado—
pues si no atiendes mi ruego,
aun puedo yo hacerte luego
venir sumisa á mi lado,

Tras mirarme vacilante,
se alejó de mi presencia;
cegué... y en aquel instante,
con voz solemne y vibrante,
me apostrofó la conciencia.

.

¡Deber! Cadena que en vano
en mis grandes aflicciones
siempre en quebrantar me afano;
¡deja que saltar, mi mano,
haga ya tus eslabones!

MIS CANAS

MIS CANAS

Penetré en el recinto de mis amores,
y á la mujer querida ví reclinada,
con graciosa indolencia, sobre el brillante
fondo de terciopelo, color de grana,
del diván, mal velado su seno mórbido
por el peto de encajes flores y gasas.

Tras titánico esfuerzo, todas mis dudas
logré dejar ocultas dentro del alma,
y ciñendo su talle puse mis labios
sobre su cabellera blonda y rizada,
y me senté sereno, casi impasible,
sobre la piel tendida bajo su planta.

Gentil y sonriente, tierna y mimosa,
comenzó con sus dedos de nieve y nácar,
á alisar mis cabellos y una por una
á contar, caprichosa, todas mis canas
y—Explicame—me dijo—¿cómo es que tienes
tan joven, la cabeza, ya casi blanca?

—Cada blanco cabello tiene su historia,—
le dije reclinándome sobre su falda—
quizá son los sudarios con que han vestido
penas y decepciones mis esperanzas;
mi cabeza es el libro de mis dolores
y son esos cabellos blancos sus páginas.

—Dime la historia de esta—dijo, mirando
una de mis lucientes hebras de plata,—
quiero saber tus luchas y tus pesares,
y sondar el venero de donde mana
la inspiración que llena tu fantasía
de notas y amarguras, cantos y lágrimas.

—No pretendas siquiera—yo le repuse—
evocar las memorias de otras etapas,
no dejes que á la sima tu pensamiento
vuele á batir curioso sus niveas alas;
deja que mi pasado tenaz te oculte,
como al féretro oculta la fuerte lápida.

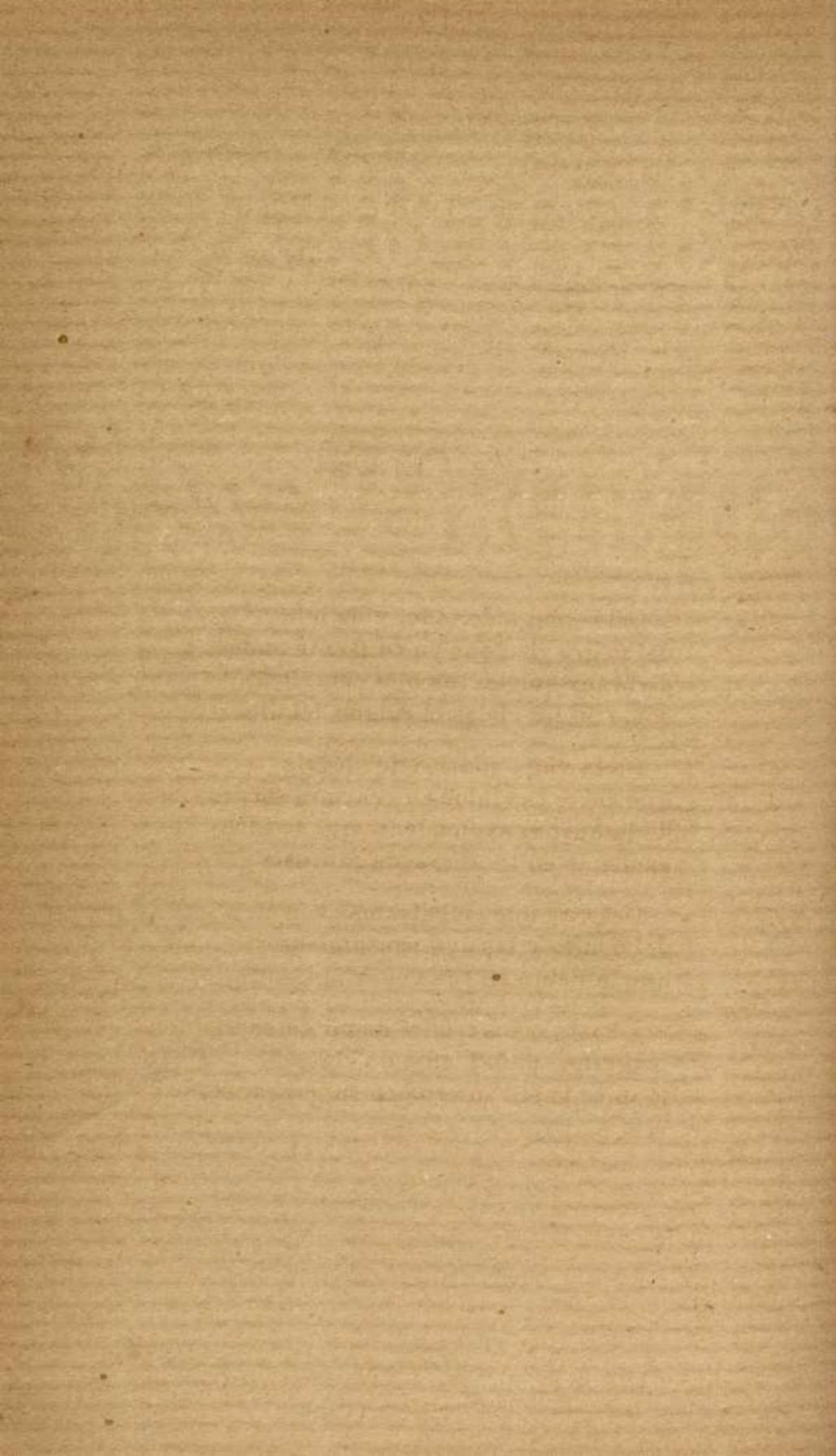
—Ya que es ese tu gusto, vela el secreto,
guárdalo; pero al menos, dime la causa
por qué el negro cabello que está en mi mano
á cubrirlo comienza también la escarcha,
y este ya á tu pasado no pertenece—
me contestó besando mi frente pálida.

—Ese negro cabello que ya blanquea
es sin duda un profeta que me presagia
un nuevo desencanto que viene á herirme,
una nueva amargura que me amenaza,

una traición infame de amor vestida
de algún sér adorado de mis entrañas.

Palpitante y confusa me oyó en silencio
ahogando los suspiros en su garganta,
y ocultando mis iras y acariciando
sus bucles desprendidos sobre su espalda:
—Mujer, ese cabello, tal vez,—le dije—
blanco, blanco del todo, verás mañana.

.
¡Se cumplió mi presagio! Ya por doquiera
sólo contemplo nieves amontonadas;
nieve llevo en mis venas y en mis cabellos,
nieve que ha penetrado dentro del alma,
nieves y decepciones que ya me agobian
como al titán el peso de la montaña.



CELOS

Celos tengo de todo, vida mía:
del negro rizo que en tu frente ondea,
de la luz que en tus ojos centellea,
como en los cielos el fulgor del día.

De la vaga sonrisa de alegría
que entre tus labios de carmin serpea,
de la aurora esplendente que la idea
enciende en tu abrasada fantasía.

Del aire que embalsamas con tu aliento,
del oculto y lascivo pensamiento
que la fiebre en tus venas agiganta,

y hasta celos tendré de mi acerado
magnífico puñal, cuando clavado
lo mire hasta su cruz en tu garganta.

ANATOMÍA

Á J. O. PICON.

Ya estás aquí, sobre la dura losa
en que la ciencia, de saber ansiosa,
hiere y desgarrá el organismo inerte,
y estudia en la materia corrompida,
los ocultos resortes de la vida
y los tristes secretos de la muerte.

Ya estás aquí; de tu esplendor pasado
sólo queda el contorno inanimado,
mas tan rígido y yerto,
que parece, al tocarlo, más que muerto,
sobre mármol durísimo tallado.
En el cristal de tu pupila hermosa,
ya inmóvil y vidriosa,
el rayo del placer no centellea,
ni tu pecho palpita,
ni en tu cerebro juvenil agita
sus antorchas la idea;
tu sér, de amor henchido,
ya sus himnos fervientes no levanta;

ya para siempre se quedó dormido,
ya de tu acento enmudeció el sonido,
para siempre también, en tu garganta.

Pronto la adusta ciencia
por remontar á lo ignorado el vuelo,
hundirá su escalpelo
de tu cuerpo en la nítida turgencia;
llegará al corazón, á ese sagrado
altar abandonado
que aromó de la fé la esencia ignota
y abrasó del amor la llama ardiente;
al golpe del acero, de tu frente
la curva de marfil, saltará rota,
dejando ver la cavidad sombría
en donde vertió un día
torrentes de fulgores
y nubes de colores,
pletórica de luz, tu fantasía.

Después, tu cuerpo, con tu sangre tinto
rodará hasta el recinto
en donde se convierte
en átomos de polvo la hermosura,
cuando el alma abandona la envoltura
en el seno infinito de la muerte.

Y después? Después... nada.
Tu recuerdo será la onda argentada
que tras sí deja al caminar la nave;
de una ilusión la fugitiva huella;

los perdidos fulgores de una estrella
ó el eco débil del cantar de un ave.

. ,

Feliz mil veces tú, tú que olvidada
del mundo y por el mundo, ya en la nada
hallaste eterno y venturoso abrigo.
¡Tal vez muy pronto arrojará á tu lado
mi cuerpo inanimado
la sorda tempestad que va conmigo!

FIEBRES

Déjame acariciar tus negros rizos,
tu pensadora frente,
de tu cuerpo gentil los mil hechizos,
de tu seno de mármol esplendente
la curva que me incita y me provoca;
deja á mi boca acariciar tu boca
—broche fragante de marfil y grana—
y que ciña mis brazos á tu cuello
y que beba el placer en el destello
de tus lánguidos ojos de africana.

¿Que el mundo te lo impide? Frases huecas
que el amor en sus giros arrebató,
como la tempestad las hojas secas.

.....
¿Que el amor es hirviente catarata
que si en la sangre su raudal desata,
el más limpio cristal llena de cieno?
¿que el amor que te brindo es un veneno
que hechiza, que enloquece y luego mata?

Tal vez tengas razón, ¡pero, qué importa!
 delirar es vivir, la vida es corta
 y es su eterno aliado el sufrimiento;
 bebamos el placer como el beodo
 bebe ansioso el licor que le embrutece...
 ¡el vino y el amor lo alegran todo!
 al amar, y al beber se desvanece
 el más negro pesar, como la bruma
 á los rayos del sol cuando amanece;
 bebamos, pues, el néctar delicioso
 que logra hacer al infeliz dichoso
 y al dichoso convierte en un idiota;
 bebamos, pues, hasta acabar la vida,
 hasta que al cabo, por la muerte herida,
 salte la fibra del deleite rota.

. ; . . .
 ¿Que no puedes ceder después de oirme?
 ¿que no quieres tener que maldecirme
 más tarde, por tu honor y mi desvío?

.
 Harás bien al hacer lo que meditas,
 y lo debes hacer; así me evitas,
 tras un nuevo placer, un nuevo hastío.

LA VENGANZA

ORIENTAL

Padre, un guerrero cristiano,
tu faz de barba de nieve,
torpe ultrajó con su mano;
¡volé á retar al aleve
en mi corcel africano!

Lidió valiente el guerrero;
mas de mi alfange el acero,
pronto, al segar su garganta,
hizo rodar á mi planta,
exánime al caballero.

¡Lo quiso Alah! Ya vencido,
arranqué del cuerpo inerte
el corazón al caído,
y hoy ya feliz vuelvo á verte
de mi baldón redimido.

Y te ofrezco de aquel día
un recuerdo en mi gumía,
¡su corazón calcinado
guarda en él por mí encerrado
su pomo de pedrería!

¡Y, ay del que en hora menguada
ose tocarte un cabello
tan sólo con mano airada,
ni entristecer un destello
siquiera de tu mirada!

¡Ay del que ose en tu camino
ultrajarte!... sepultura
también le guarda el destino
en la rica empuñadura
de mi alfange damasquino.

¡POLVO!

El mármol sepulcral cayó en pedazos,
y extendiendo los brazos
abrí la caja; de su fondo obscuro
surgió un hálito impuro,
como el que surge al remover el lodo;
un gemido brotó de mi garganta
y vaciló mi planta
cual vacila la planta del beodo.

Aterrado, convulso, delirante,
viví en aquel instante
toda una eternidad en un segundo;
condensóse el dolor sobre mi frente,
y rodó por mi mente
con la terrible rotación de un mundo;
y febril y arrastrado
por un vértigo amante, en mi locura,
estreché el esqueleto idolatrado;
y evocando su espléndida hermosura
y el frenesí de mi pasión primera,
con extraño y fantástico embeleso

posé en su boca descarnada un beso,
y con el beso aquel el alma entera.

.
Ya desde entonces la existencia mía
en vano busca la perdida calma;
y con yerta y tenaz melancolía
¡Sísifo del dolor! llevo en el alma,
la mole abrumadora de aquel día!

¡ADIÓS!

Adiós ¡cuán triste y fría
se quedará sin tí la estancia aquella
en donde fuiste mía!

Adiós, como se estrella
la ola del mar contra la firme roca
cuya dura cerviz jamás abate,
de mi vida en el trágico combate
siempre se estrella mi esperanza loca.
Adiós, ya en la callada
noche apacible, cuando cruza el cielo
la eterna enamorada
de astros prendido el luminoso velo,
y en tálamo la selva se convierte,
la tierra en brazos del sopor dormita,
y en sus quietudes la existencia imita
las mudas magestades de la muerte.
En esas horas de fugaz reposo
en que otras veces, de gozar rendido,
sobre tu seno me dormí dichoso,
ya en vano llegaré al desierto nido

á cantarte mis vagas melodías;
sólo el silencio escuchará mi queja;
ya no me aguardarás como otros días
oculta por las verdes celosías
de la morisca reja;
ya no veré entreabrirse sigilosa
la puerta al roce de tu blanca mano,
cual si fuera al mandato de una diosa;
ya no veré tu rostro soberano
demudado y febril, ni ya tu acento
donde el ritmo agotó su último aliento
resonará en mi oído;
ni podré penetrar por ti guiado
en el oculto camarín dorado
de sedas y de flores revestido,
donde en abrasadoras bacanales
dejé al querube sin sus niveas alas,
á la flor sin sus galas,
á la hermosa vestal sin sus cendales.

Adiós, es mi fortuna
quien de mí te separa; es mi destino
que está desde la cuna
arrojando el dolor en mi camino;
es mi suerte implacable que me ordena
el deleite gustar y beber luego
el tósigo mortal que lo envenena;
es Dios que me condena
á ver la luz para dejarme ciego.

Adiós, pues, ignorado
raudal donde su sed calmó el sediento,

oasis perfumado
donde nunca el dolor hallé emboscado,
donde dichoso reposé un momento.

Tú aun puedes ser feliz; pronto en tu mente
estas memorias borrará el olvido;
pero yo tu recuerdo eternamente
dentro del alma llevaré esculpido,
como perenne lumínar radiante,
como el primer amante
llevó el recuerdo del Edén perdido.

AL DESENGAÑO

SONETO

Te miro por doquier, doquier te siento
flajelar mi existencia combatida;
la más ruda experiencia de la vida
tú le das á beber al pensamiento.

Tú has logrado arrastrar en un momento
la fé que un tiempo me sirvió de egida,
como arrastra la hoja desprendida
del árbol mustio, del Otoño el viento.

Cobarde y sigiloso en torno mío,
siempre implacable, del placer que ansío
gustar, te vistas las benditas galas;

Como el vampiro de la zona ardiente,
me arrullas y me besas blandamente,
antes de herirme, con tus negras alas.



AUTO DE FÉ

Entreabrí con mano trémula
la hermosa caja de ébano,
y de su fondo de rica
seda celeste cubierto,
saqué el rizo perfumado
que corté de tus cabellos,
de las flores que me diste
los rotos y mustios pétalos;
saqué las cartas aquellas,
que en mí engendraban el vértigo;
saqué también tu retrato,
como tú impassible y yerto;
y con todas las reliquias
de tu amor, y con los versos
que te escribí delirante
de cariños y de celos,
avivé la ardiente llama
de la estufa en mi aposento.

.....



Así tu imagen pudiera
abrasar en mi cerebro;
pero vive tan unido
á mi alma tu recuerdo,
¡que para quemar la imagen
es preciso que arda el templo!

ADÚLTERA



ADÚLTERA

Yo fui el primero que llegó á su lado;
le encontré con el rostro ensangrentado
y con el noble corazón inerte,
y llorando, leí lo que decía
en los versos que copio, y que tenía
en sus manos, crispadas por la muerte.

»Ven, acércate más, no temas nada;
»alza altiva la frente y la mirada
»y cuéntame en secreto tus amores;
»quiero escuchar de tus perjuros labios
»la amarga relación de mis agravios,
»de mi oprobio y tu amor y mis dolores.

»Ven, y cuéntame, ingrata, los motivos,
»los mil embriagadores incentivos
»que te hicieron dejar el nido á solas;
»quiero ver ese mar pérfido y hondo
»de cieno y de placer, y ya en su fondo,
»mover sus fangos y contar sus olas.

» Ven, y no temas que tu voz altere
» el desgarrado corazón que muere
» al ver tu inesperada villanía;
» pasó la tempestad ya por mi alma,
» y tras la tempestad vino la calma,
» y vino tras la calma la atonía.

» Ven, y no temas, pues; ven á mi lado,
» flor la más bella de mi Edén soñado,
» sueño el más dulce que forjó mi mente,
» luz que otro tiempo iluminó mi vida;
» deja que sangre la incurable herida
» y mírame un segundo frente á frente.

» Explícame el terrible cataclismo
» que ha logrado arrojar en el abismo
» al ángel, rotas las etéreas alas,
» que al ídolo más santo de mis lares
» por siempre desterró de sus altares
» y hundióle en lodo y profanó sus galas.

» Mas no llores, y piensa que tu llanto
» pudiera marchitar todo el encanto
» de tu pálida faz, donde adivino
» de extraños besos la indeleble huella:
» ¡que hay besos que al pasar, cual la centella,
» van marcando con fuego su camino!

» Yo ya muy pronto dejaré de verte;
» pronto, muy pronto, sellará la muerte
» la página postrera de mi historia;
» pronto, muy pronto, dejará el destino

»un reguero de sangre en mi camino
»y un reguero de sangre en tu memoria.

»Adiós, pues, para siempre; tú desatas
»mi fatal existencia, tú me matas;
»es tu traición lo que mi vida trunca;
»mas no puedo, mujer, dejar de amarte,
»y pudiera llegar á perdonarte,
»y yo no quiero perdonarte nunca».

*
* *

Hizo bien en morir?.. No sé; lo cierto
es que la hermosa que adoró aquel muerto
aun en los brazos del amor se engríe;
y que siempre que pasa por mi lado,
sabiendo que conozco su pasado,
me mira, me saluda y se sonrío.

A MI ALMA

Siempre en abierta rebelión, del cielo
intentando llegar hasta el arcano,
y del arcano descorrer el velo;

Luchando siempre, pero siempre en vano,
por romper victoriosa tu clausura
cual rompe su crisálida el gusano.

Siempre ansiosa buscando la ventura
y del placer la cristalina fuente,
por el yermo arenal de tu amargura.

Siempre te siento caminar doliente,
llorando las nostalgias de otra vida
que en sus delirios concibió la mente.

Siempre en la densa obscuridad sumida,
á merced del dolor, como la nave
á merced de la mar embravecida.

Siempre buscando el resplandor suave
de la esperanza, que alumbró un momento
tu árida senda, cual su nido el ave;

Y haciéndome sentir este que siento
afán que pretender me hace ambicioso
el ámbito escalar del firmamento.

Alma, detente ya, que ya el reposo
conquisté en buena lid; alma, detente
y hazme por siempre descansar dichoso.

Antes que al peso del dolor, mi mente
traspase ya en derrota la frontera
invisible y fatal de lo inconsciente.

Deja ya al polvo que en el polvo muera
ó que duerma tranquilo en la atonía
del que nada ambiciona y nada espera.

Del que vive sin pena ni alegría
y lleva el corazón siempre dormido
y dormida también la fantasía.

Deja ya reposar al que ha bebido
del tósigo mortal la última gota;
déjame al lado de mi lira rota
ya para siempre descansar vencido.

ÍNDICE

<i>Carta prólogo.</i>	IX
<i>Mis versos.</i>	3
<i>Siluetas.</i>	7
<i>¿ ?</i>	9
<i>En el Desierto.</i>	11
<i>Sacrilegio de amor.</i>	13
<i>A Zorrilla.</i>	19
<i>A una criolla.</i>	23
<i>Sueño triste.</i>	29
<i>Capricho.</i>	33
<i>El Contrabandista.</i>	37
<i>Versos.</i>	41
<i>¿Dónde estás?</i>	43
<i>La Tempestad.</i>	47
<i>En mi Tierra.</i>	51
<i>Invierno.</i>	63
<i>Dudas.</i>	65
<i>Oriental.</i>	67
<i>En la playa.</i>	73
<i>Lucha estéril.</i>	77

<i>A Emilio Thuillier.</i>	81
<i>Tú.</i>	85
<i>Vaguedades.</i>	87
<i>En reposo.</i>	89
<i>Indiana.</i>	91
<i>En la fragua.</i>	93
<i>Locuras.</i>	95
<i>Recuerdos.</i>	99
<i>Fragmento.</i>	105
<i>Un estreno.</i>	111
<i>Carta última.</i>	117
<i>A ti.</i>	121
<i>Alumbramiento.</i>	123
<i>Sombras pérfidas.</i>	125
<i>A Espronceda.</i>	131
<i>Primavera.</i>	135
<i>Imposible.</i>	137
<i>Suicida.</i>	139
<i>Ruinas.</i>	141
<i>Desde el fondo.</i>	147
<i>Soneto.</i>	151
<i>Al borde.</i>	155
<i>Naufragio.</i>	163
<i>Divagaciones.</i>	167
<i>* * *</i>	171
<i>Adelante.</i>	175
<i>Intimidades.</i>	179
<i>¿Por qué?</i>	183
<i>En la taberna.</i>	189
<i>La mañana.</i>	193
<i>¿Dónde vas?</i>	195

<i>A la vejez</i>	199
<i>En el dintel</i>	201
<i>Carta á un poeta</i>	205
<i>Nieve en estío</i>	211
* * *	213
<i>A la Poesia</i>	215
<i>Es tarde</i>	219
<i>En la bacanal</i>	221
<i>¡Burlado!</i>	223
<i>Mis canas</i>	229
<i>Celos</i>	233
<i>Anatomia</i>	235
<i>Fiebres</i>	239
<i>La venganza</i>	241
<i>Polvo</i>	243
<i>Adiós</i>	245
<i>Al desengaño</i>	249
<i>Auto de fé</i>	251
<i>Adúltera</i>	255
<i>A mi alma</i>	259





FAN
XIX
637

DESDE EL SURCO